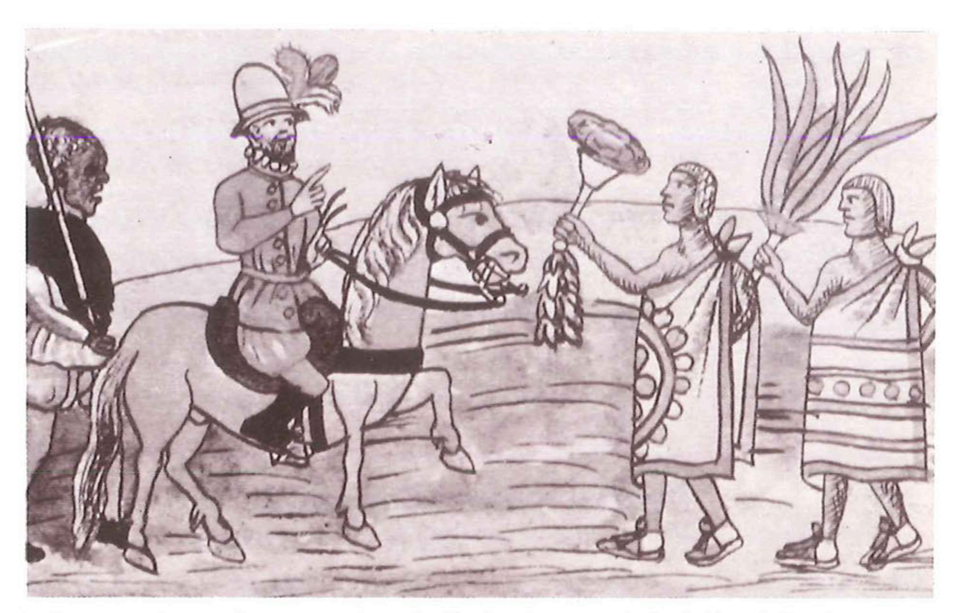
CUADERNOS
historia 16

La visión de los vencidos
Germán Vázquez Chamorro



162

175 ptas



Indígenas mexicanos ofrecen presentes a Cortés durante su marcha hacia Tenochtitlan (grabado de Historia de las Indias de Nueva España, *de Durán)*

Indice

LA VISION DE LOS VENCIDOS

Por Germán Vázquez Chamorro.
Sociedad Española para la Investigación de la Cultura Azteca.

SUELE decirse que la historia la escriben los vencedores, pero este viejo dicho no se cumple del todo en América, ya que los habitantes del Nuevo Mundo dejaron a la posteridad su visión de lo que actualmente se ha dado en llamar el trauma de la Conquista.

Los pueblos azteca, maya e inca, dando muestras de una entereza intelectual digna de elogio, escribieron una gran cantidad de historias, crónicas y relaciones donde cuentan su enfrentamiento con los hombres blancos y los dolorosos resultados del mismo.

Estos valiosos documentos, cuya existencia nunca fue un secreto para los historiadores, comenzaron a ser conocidos por el lector no especializado a partir de 1959, año en el cual un investigador mexicano —el profesor Miguel León-Portilla— publicó un libro que llevaba el significativo título de Visión de los vencidos. *En él se recogían los numerosos testimonios aztecas sobre la Conquista de México, describiéndose los acontecimientos desde la óptica indígena. Esta nueva manera de presentar los hechos se difundió con gran rapidez por todo el mundo y no tardó en aparecer una corriente histórica que seguía, mejor o peor, el camino abierto por la* Visión de los vencidos.

Los vencidos y la Historia

Germán Vázquez Chamorro
Sociedad Española para la Investigación de la Cultura Azteca

DESGRACIADAMENTE, la loable objetividad demostrada por León-Portilla, quien se situaba de manera voluntaria más allá de filias y fobias, no se ha respetado. Por eso, puede decirse que una considerable parte de lo publicado sobre el tema carece de validez, pues presenta una marcada tendencia a la subjetividad. Hay dos razones para explicar esta falta de objetividad: el humanitarismo y las creencias políticas.

En principio, los historiadores deberían ser desapasionados, pero como son seres humanos tienden de manera inconsciente a simpatizar con los vencidos cuando leen los dramáticos textos indígenas, llenos de matanzas, saqueos y violencias de todo tipo. Esta simpatía se traduce en una interpretación incorrecta de los hechos, que podría llamarse *Visión humana del vencido,* donde se da más importancia a los sentimientos que a la razón.

Sin embargo, en muchas ocasiones el humanitarismo no es sino una excusa para justificar determinadas actitudes políticas, tales como el anticolonialismo, los nacionalismos de todo tipo o las más diversas ideologías.

Por supuesto, la manipulación política de la emotividad que los testimonios indios despiertan en el lector no es patrimonio exclusivo del siglo XX. Ha sido un recurso utilizado sistemáticamente desde que Colón llegó a América en enfrentamientos que guardan poca o ninguna relación con la Conquista del Nuevo Mundo. Así, por ejemplo, el interés de los protestantes daneses por las actividades inquisitoriales o imperialistas de la católica España (claramente ilustrado por la presencia de la *Nueva crónica y buen gobierno,* una de las obras clave de la literatura india, en la Biblioteca Real de Copenhague) está relacionado con los conflictos europeos del siglo XVIII y, desde luego, no tiene nada de altruista.

Las implicaciones políticas y el humanismo mal entendido son, sin duda, los principales peligros que encierra la versión indígena de la Conquista de América. El historiador que, voluntaria o involuntariamente, caiga en cualquiera de ellos dará una versión incorrecta de la realidad y por lo tanto falsa.

Sólo hay un medio para no incurrir en esta clase de errores: relacionar los testimonios de los indios americanos con actos semejantes de la misma época. La comparación de la *Visión de los vencidos* con otros sucesos contemporáneos pone de manifiesto que las crueldades relatadas por los cronistas indígenas no fueron exclusivas de la Conquista de América, sino que también se hicieron en Europa.

Desgraciadamente no resulta difícil ilustrar esta idea con datos concretos, porque los ejemplos abundan y se encuentran en cualquier tiempo y lugar. Tal vez el caso más significativo sea el del emperador Cuauhtemoc, el último rey azteca, pues su trágica historia

Moctezuma da la bienvenida y ofrece regalos a Cortés tras su entrada triunfal en Tenochtitlan (Museo de América, Madrid)


al Rey de España
de su Impe-

ha sido uno de los principales pilares de la interpretación política de los textos indígenas.

Cuauhtemoc, uno de los grandes mitos de la América Latina, tenía 26 años cuando subió al trono de México. Sus esfuerzos por expulsar a los españoles de México fracasaron y el joven monarca tuvo que rendirse. Cortés le trató en principio con gran respeto, pero más tarde:

Viendo que no se hallaba todo el tesoro que el vio en México [...] mandó quemar vivo a un caballero criado del rey Quahtemoc, y él darle tormento de fuego por los pies, por más que le dijeron los mexicanos que aunque los matase a todos no tuviese esperanza de hallar el tesoro, porque lo echaron en el sumidero de la laguna. (Fernando de Alva Ixtlilxochitl, *XIIIª Relación.)*

Cualquier persona sensible sentirá lógicamente una gran indignación al leer semejante canallada y simpatizará de forma automática con los vencidos, sujetos a tamañas crueldades. Sin embargo, esta postura es históricamente errónea, porque no nos encontramos ante un acto de barbarie colonialista o racista, como se puede pensar a primera vista, sino ante un procedimiento judicial de uso común en la Europa de la época.

El proceso contra Rodrigo de Paz, recogido en la crónica de Bernal Díaz del Castillo, demuestra que la tortura del fuego se aplicaba con rígida imparcialidad a vencedores y vencidos. Tres años después de la Conquista de México, Cortés tuvo que salir del país, dejando el gobierno a Gonzalo de Salazar, representante del emperador Carlos en la Nueva España. Este funcionario, cegado por la codicia, intentó apoderarse de las supuestas riquezas que poseía don Hernán. El método que utilizó para ello fue idéntico al empleado años antes con el emperador azteca. Detuvo a Rodrigo de Paz, hombre de confianza de Cortés:

Y le demandó el oro y la plata que era de Cortés, porque como (era) *su mayordomo sabía de ello, diciendo que lo tenía escondido [...] y porque no se lo dio, pues era claro que no lo tenía, sobre ello le dio tormentos, y con aceite y fuego le quemó los pies y aun parte de las piernas.* (Bernal Díaz del Castillo, *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España.)*

Lo mismo puede decirse de Tupac Amaru II, otro de los grandes mitos iberoamericanos. Su ejecución, que tuvo lugar en el año 1781, en pleno *Siglo de las Luces,* fue, sin duda, uno de los actos más sangrientos y crueles que los españoles llevaron a cabo en las Indias.

Tupac Amaru, descendiente directo del último Inca, se sublevó contra el gobierno español. Tras una larga lucha, el jefe revolucionario fue capturado y condenado a la pena capital. Su muerte se produjo de forma espantosa: primero se le cortó la lengua; después, se le ató de pies y manos a cuatro caballos para descuartizarlo. Como los caballos no lograron destrozarlo, el enviado especial de Carlos III se compadeció del reo y ordenó que se le decapitara.

Tampoco aquí cabe hablar de colonialismo, aunque ciertamente el episodio es de una barbarie y de un sadismo inauditos. La práctica de la descuartización gozaba en la Europa de la Ilustración de una salud envidiable, y desde luego no se ahorraban sufrimientos al condenado.

Así, por ejemplo, Robert François Damiens, un loco inofensivo que atentó contra Luis XV de Francia en 1757, sufrió la misma pena que Tupac Amaru, si bien los franceses, menos caritativos que los españoles, prolongaron todo lo que pudieron la agonía de Damiens.

Queda claro, pues, que no se puede estudiar la *Visión de los vencidos* desde una óptica dramática, ni mucho menos utilizar el dolor y el sentimiento como arma política.

A la hora de enfrentarse a un tema tan polémico como el que nos ocupa, hay que tener en cuenta que el pasado jamás debe interpretarse a partir del presente, porque nuestra forma de pensar se diferencia mucho de la de nuestros antepasados. Sólo puede lograrse una *visión de los vencidos* desapasionada y neutral si se sitúa en su contexto histórico y se analiza a partir de las costumbres, ideas e intereses de la época.

Objetividad de las crónicas indias

Otra cuestión muy importante a tratar afecta a la objetividad de las crónicas indias, base de la *visión de los vencidos.* Generalmente se da por supuesto que los textos indígenas son más imparciales y veraces que los españoles. Sin embargo, no existe ninguna razón que justifique esta postura. Por el contrario, un examen superficial de los testimonios indios demuestra que en muchos casos son más subjetivos y parciales que los castellanos.

La versión dada por los aztecas de la muerte de su emperador Moctezuma indica a las claras el partidismo de las crónicas indígenas.



Cortés se entrevista con Moctezuma en presencia de doña Marina (grabado del Lienzo de Tlaxcala)

Los historiadores españoles sostienen que Moctezuma pereció a causa de las heridas que recibió de sus súbditos cuando les pedía que dejasen de atacar a los castellanos; mientras que los cronistas mexicanos dicen lo opuesto.

Hoy por hoy resulta imposible saber cómo pereció el rey azteca; pero un análisis crítico de las dos versiones invita a pensar que la verdad está más cerca de los españoles que de los mexicanos.

A diferencia de los escritores castellanos, que ofrecen la misma interpretación, los historiadores indígenas no se ponen de acuerdo a la hora de indicar el tipo de muerte. Unos afirman que Moctezuma fue estrangulado por los hombres de Cortés; otros, más espectaculares, se inclinan por el puñal:

Al cuarto del alba amaneció muerto el sin ventura Motecuzuma, al cual pusieron el día antes en un gran asalto que les dieran en una azotehuela baja con un pequeño antepecho para que les hablase, y comenzando a tirar (las piedras), *dicen que le dieron una pedrada; mas aunque se la dieron no le podían hacer ningún mal porque había ya más de cinco horas que estaba muerto, y no faltó quien dijese que porque no le viesen herido le habían metido una espada por la parte baja (Códice Ramírez).*

Tampoco concuerdan los textos indígenas en el momento de la muerte. El *Códice Ramírez* dice que el rey pereció antes de recibir la pedrada; pero el padre Durán —un dominico que copió una antigua crónica india— sitúa el asesinato después de la misma:

Huidos los españoles de México y muertos todos los que cogieron, dice esta Historia que entraron los mexicanos a los aposentos a buscar a su rey Motecuhzoma [...] y que, andándole a buscar por los aposentos, le hallaron muerto con una cadena a los pies y con cinco puñaladas en el pecho [...]

Lo cual, si esta Historia no me lo dijera, ni viera la pintura que lo certificara, me hiciera dificultoso de creer, pero como estoy obligado a poner lo que los autores por quien me rijo en esta historia me dicen y escriben y pintan, pongo lo que se ha escrito y pintado. Y porque no me arguyesen de que pongo cosas de que no hay tal noticia, ni los conquistadores tal dejaron dicho ni escrito, pues es común opinión que murió de una pedrada, lo torne a preguntar y satisfacerme, porfiando con los autores que los indios lo mataron de aquella pedrada. Dicen la pedrada no haber sido nada, ni haberle hecho mucho daño, y que en realidad de verdad le hallaron muerto a puñaladas y la pedrada ya casi sana en la mollera. (Diego Durán, *Historia de las Indias de la Nueva España.)*

Aunque no falta quien insiste en defender la veracidad de la versión azteca afirmando que los españoles ahogaron al monarca y luego le remataron a puñaladas, los testimonios mexicanos son tan contradictorios que cuesta trabajo confiar en ellos. De hecho, parece lógico admitir que nos encontramos ante una clarísima tergiversación histórica que responde a razones políticas. Al respecto, es interesante señalar que fueron los frailes españoles, celosos defensores de los derechos de los indios, los que hicieron más hincapié en difundir la acusación de regicidio.

Por supuesto, la manipulación de los hechos que hay en algunos documentos indios no siempre es antiespañola, pues en alguna ocasión favorece a los hombres blancos. Tal sería el caso de una curiosa historia redactada a principios del siglo XVIII por los chontales de Acalan, un grupo maya asentado en la costa del Golfo de México. La crónica, que relata la llegada de Hernán Cortés a Acalan, tiene un gran interés porque habla, entre otras cosas, de la ejecución de Cuauhtemoc, uno de los temás más conflictivos de la Conquista de México.

La ejecución de Cuauhtemoc

En 1524, Cristóbal de Olid, enviado por Hernán Cortés a Honduras, se rebeló contra el capitán, y éste decidió ir personalmente a castigarlo. La expedición salió el 12 de octubre y en ella iban Cuauhtemoc y otros caciques aztecas. Al llegar al país de los chontales, Cortés acusó a rey azteca de organizar una conspiración para asesinar a los españoles, y actuó con la rapidez que le caracterizaba. Cuauhtemoc y su primo fueron juzgados sumariamente, condenados y colgados de un árbol. Este triste suceso tuvo lugar el 25 de febrero de 1525.

Fernando de Alva Ixtlilxochitl, un historiador mestizo de sangre real, sostuvo en su obra que Cortés inventó la historia del complot para deshacerse del emperador mexicano; y lo mismo afirma el padre Durán. En este caso, la versión azteca es bastante más lógica que la expuesta por Cortés en sus famosas *Cartas de relación.* Sobre todo porque la confirma el veraz Bernal Díaz del Castillo, quien no dudó en calificar la ejecución de injusta.

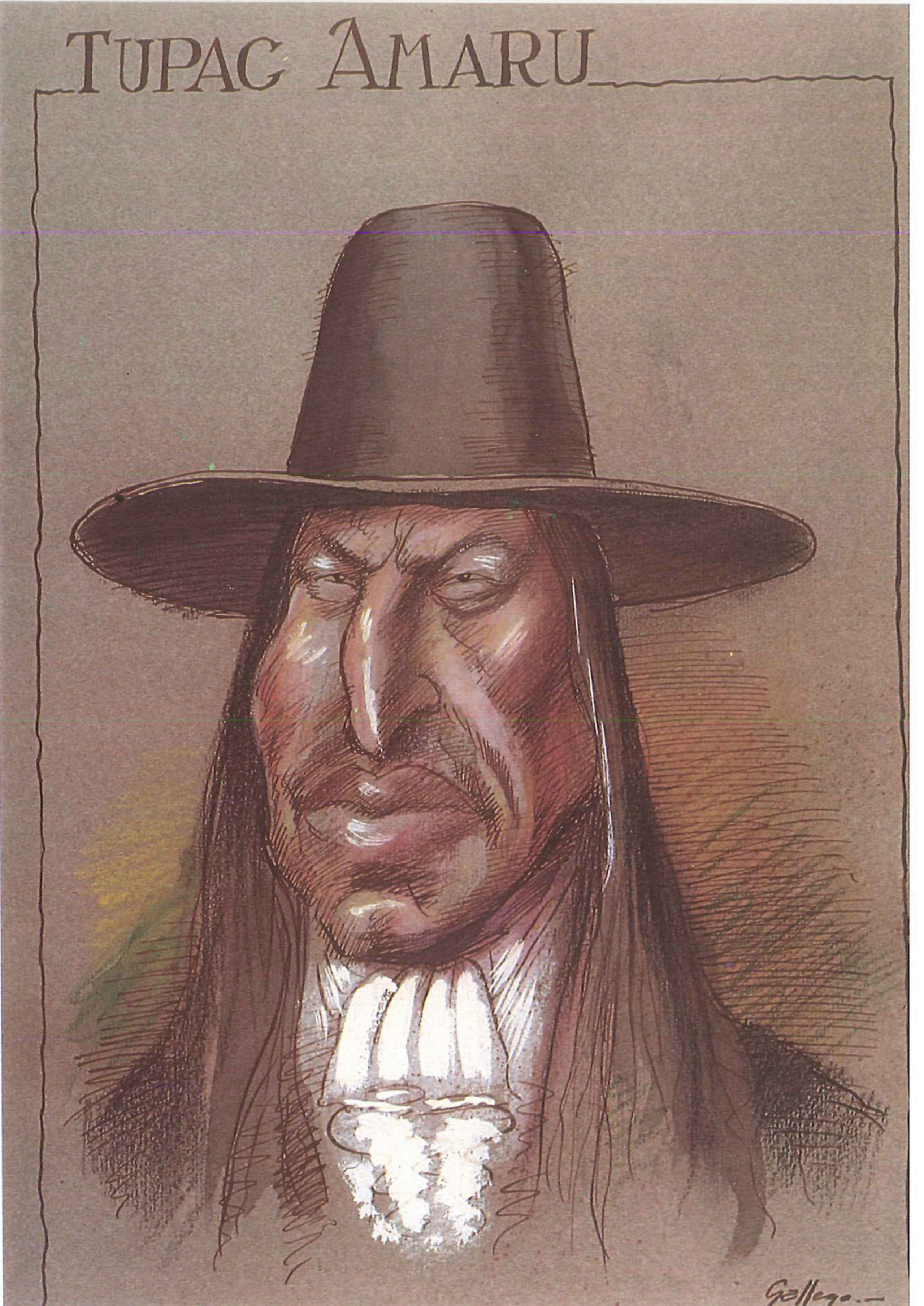
Curiosamente los chontales justificaron la muerte de Cuauhtemoc, e incluso se atribuyeron el mérito de ser los descubridores de la traición:

Y estaba allí Quatémuc, rey de Nueva España, que venía con el capitán de México; el cual habló con Paxbolonacha rey: «Señor rey, estos españoles, vendrá tiempo que nos den mucho trabajo y nos hagan mucho mal y que matarán nuestros pueblos. Yo soy del parecer que los matemos, que yo traigo mucha gente y vosotros sois muchos.» Y esto dijo Quatemuco a Paxbolonacha, rey de los indios de magtunes chontales [...] Y pensando (Paxbolonacha) sobre el caso, vio que los españoles no hacían malos tratamientos, ni a ningún indio habían muerto ni aporreado, y que no les pedían sino miel, gallinas y maíz y demás frutas que les daban cada día, y considerando que pues no les hacían mal, no podía tener dos rostros con ellos ni enseñar dos corazones a los españoles. Y Quatémuc le estaba siempre importunando con ello porque los quisiera matar a todos los españoles, y visto e importunado Paxbolonacha se fue al capitán (marqués) *del Valle y le dijo: «Señor capitán* (marqués) *del Valle, este principal y capitán de los mexicanos que traes, anda con cuidado con él no te haga alguna traición, porque tres o cuatro veces me ha tratado que os matemos.» (The Maya Chontal Indians of Acalan-Tixchel).*

Desconocemos las razones que tuvieron los chontales para concederse la autoría de un hecho que fue condenado de forma unánime por españoles e indios; pero es indudable que mintieron, porque tanto Ixtlilxochitl como Cortés atribuyeron la denuncia a un mexicano llamado Cristóbal.

Lo expuesto no quiere decir que todas las crónicas indígenas sean falsas, ni supone ninguna descalificación global. Simplemente pretende recordar algo que se tiende a olvidar con frecuencia al tratar la *visión de los vencidos.* A saber, que las crónicas americanas, españolas e indias reproducen el pensamiento de sus autores, y que éstos suelen carecer de objetividad, pues la historia no era para ellos un fin en sí mismo, sino un medio para lograr unos intereses determinados. De ahí que la mayor parte de los escritores modificaran los acontecimientos cuando contradecían los propósitos particulares de la obra. Esta tendencia a falsear la realidad histórica para adaptarla a fines concretos implica que habrá tantas versiones de un hecho como crónicas.

Tupac Amaru, uno de los grandes mitos iberoamericanos ejecutado en 1781 (dibujo de Gallego)


TUPAC AMARU

Dos importantes conclusiones se deducen de lo señalado en el párrafo anterior. Primera, que no existe una única versión indígena de la Conquista, sino muchas variantes que responden a los motivos más diversos (étnicos, políticos, económicos, etc.). Segunda, que los testimonios indios se contradicen en muchas ocasiones, lo cual demuestra que nos encontramos ante unos textos manipulados de forma intencional, es decir, subjetivos y partidistas.

La historiografía mexicana refleja muy bien esta pluralidad de intereses en conflicto. Así, las relaciones propiamente aztecas, transcritas algunas de ellas por misioneros españoles, no concuerdan con los textos de los aliados indígenas de Hernán Cortés, pero estos últimos también discrepan entre sí. Por ejemplo, la ayuda que los tlaxcaltecas dieron a los españoles, sobrevalorada por los cronistas de aquel Estado, fue cuestionada por un autor texcocano, que reclamó el honor para su país:

Algunos tlaxcaltecas, por algún odio antiguo, pusieron fuego a los palacios del rey Netzahualpitzintli, lo cual visto por algunos vecinos se comenzaron a huir a los montes y a la laguna [...]. Y viniendo don Fernando (el general texocano) *y sabiendo lo que pasaba, quiso castigar a los tlaxcaltecas, mas Cortés rogó por ellos, y con todo esto mató dos o tres que habían sido caudillos, por lo cual se amotinaron todos los demás y se volvieron a Tlaxcala; por donde queda probado que no fueron ellos los que ganaron a México, sino don Fernando Ixtlilxochitl con doscientos mil vasallos suyos, ayudando a los españoles. (Códice Ramírez).*

La descripción e interpretación de los hechos desde el punto de vista americano o indio sólo puede hacerse de forma abstracta porque, como se ha dicho, existen numerosas versiones. Para fijar esta secuencia ideal hay que cotejar primero las distintas crónicas, eliminando toda la información subjetiva y falsa; y después comparar el relato con lo que sabemos por las relaciones españolas. Esto es lo que intentaré llevar a cabo en las páginas siguientes.

La versión azteca de la conquista

LOS testimonios indígenas sobre la Conquista de México pasan de quince, y entre ellos hay algunos dignos de ser considerados obras maestras de la literatura histórica mundial.

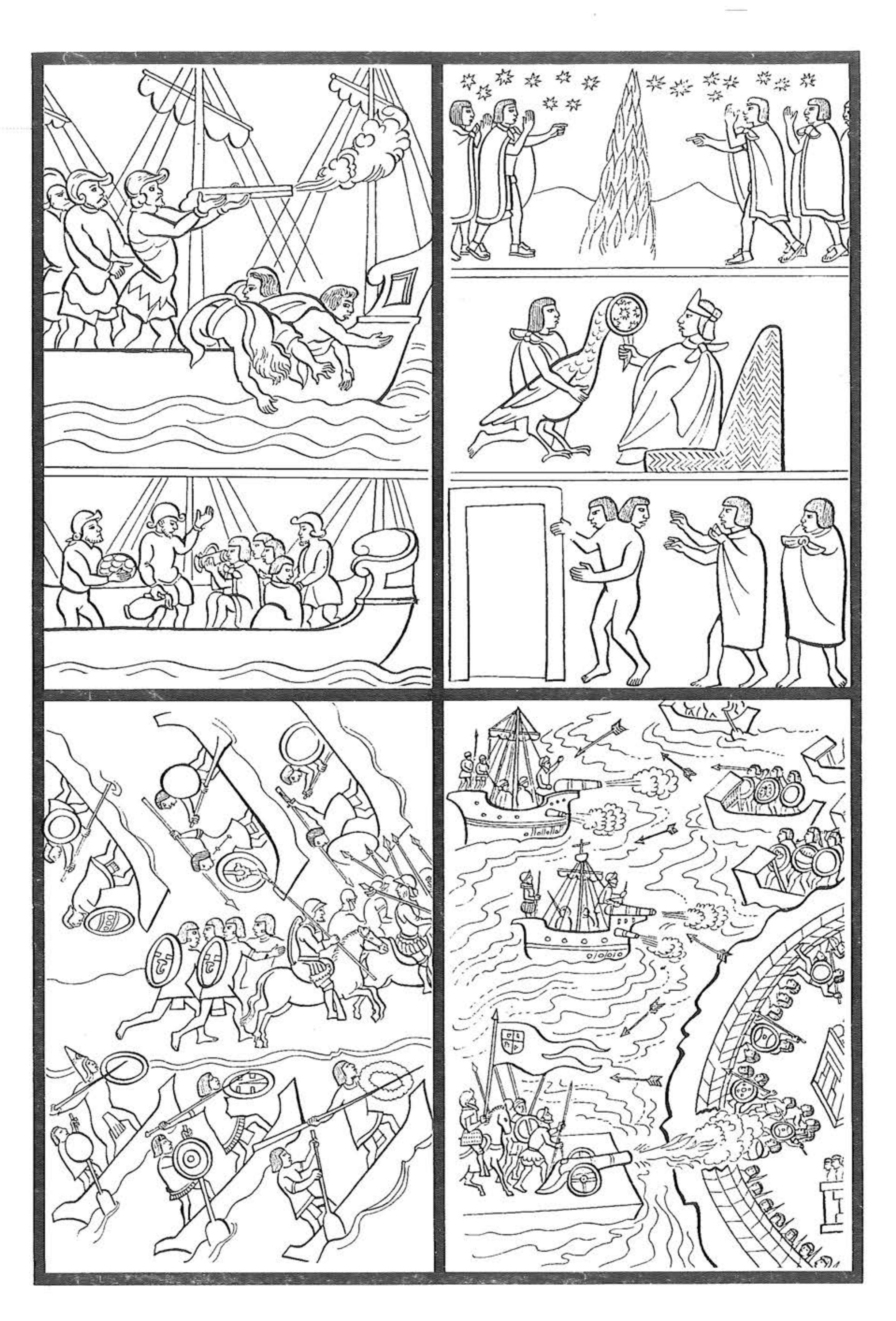
El más antiguo, conocido con el título de *Relación anónima de Tlatelolco*, fue escrito en 1528 por testigos presenciales de los hechos. La obra, que forma parte de un manuscrito más amplio, está redactada en lengua náhuatl o azteca, y posee un extraordinario valor literario.

Le sigue en antigüedad el *Códice Florentino*, un voluminoso documento bilingüe dividido en 12 libros que describe con gran minuciosidad diferentes aspectos de la cultura azteca. El último libro del códice, que fue elaborado por un grupo de indígenas bajo la supervisión de un fraile español llamado Bernardino de Sahagún, recoge el extenso informe de unos indios ancianos que tomaron parte en el enfrentamiento. El texto náhuatl del relato fue parcialmente traducido al castellano por el propio Sahagún, quien se sirvió de él para redactar la parte castellana del *Códice Florentino*.

Otro importante relato en lengua azteca sobre la Conquista es el de Domingo Chimalpahin Cuauhtlehuanitzin, un cronista indígena del siglo XVII que dedicó una gran parte de sus *Relaciones originales* al tema. Los *Anales tepanecas*, los *Anales de México y Tlatelolco* y la *Crónica mexicayotl* de Fernando Alvarado Tezozomoc, descendiente de los reyes aztecas, también contienen breves datos acerca de la Conquista.

Asimismo, hay una gran cantidad de historias en idioma castellano que relatan el enfrentamiento hispano-azteca desde la óptica indígena. Algunas, como la *Historia de las Indias de Nueva España* del dominico Diego Durán o el *Códice Ramírez* de Juan de Tovar, fueron escritas por españoles, y reproducen literalmente informes orales y escritos de los vencidos; otras, por el contrario, se deben a autores mexicanos. En este apartado conviene mencionar los testimonios de los aliados indí-

Cuatro grabados de otros tantos momentos de la marcha de las tropas de Cortés hacia Tenochtitlan, la capital del imperio azteca (del Códice Florentino*)*



genas de Hernán Cortés, que dan una interpretación propia de los hechos. La versión tlaxcalteca se expone en la *Descripción de la ciudad y provincia de Tlaxcala*, también conocida como *Historia de Tlaxcala*, obra del cronista mestizo Diego Muñoz Camargo. La texcocana la recoge don Fernando de Alva Ixtlilxochitl, descendiente de un conquistador y de una princesa texcocana, en dos de sus principales escritos: *Historia de la nación chichimeca* y la *XIIIª Relación*, intitulada *De la venida de los españoles y principios de la ley evangélica*.

Los mexicanos también utilizaron su antiguo sistema de comunicación escrita (que combina jeroglíficos ideográficos, dibujos y signos fonéticos) para dejar constancia de la Conquista. A veces, las pinturas incluyen textos explicativos en castellano o en náhuatl que completan el dibujo. Tal sería el caso del *Códice Aubin*, un valioso documento de origen azteca que contiene interesantes noticias acerca de las relaciones de Cortés y Moctezuma. Una importancia similar posee el denominado *Lienzo de Tlaxcala*, que describe los hechos en 80 dibujos. Hay asimismo algunas alusiones a la Conquista en los *Códices Azcatitlan, Mexicanus, Telleriano Remensis* y *Vaticano A*. Son igualmente muy importantes los numerosos dibujos de clara procedencia indígena que ilustran las obras de Sahagún, Durán, Tovar y Muñoz Camargo.

A lo expuesto cabe añadir algunos poemas cuya fecha de composición se remonta a 1523, aunque no se pusieron por escrito hasta 1528. Estas poesías expresan tan dramáticamente los desgarrados sentimientos de los vencidos que son una auténtica maravilla literaria, como podrá juzgar el lector por sí mismo:

El llanto se extiende, las lágrimas gotean allí en Tlatelolco.

Por agua se fueron ya los mexicanos; semejan mujeres; la huida es general.

¿A dónde vamos? ¡Oh amigos! Luego, ¿fue verdad?

Ya abandonan la ciudad de México: el humo se está levantando; la niebla se está extendiendo...

Llorad, amigos míos, tened entendido que con estos hechos hemos perdido la nación mexicana.

¡El agua se ha acedado, se acedó la comida!

Esto es lo que ha hecho el Dador de la Vida en Tlatelolco. (Canto triste.)

Los castellanos llegaron a las costas de lo que hoy es la República Mexicana en 1517, y un año después entraron en contacto con los aztecas. Los beneficios económicos obtenidos a raíz del encuentro, que transcurrió sin ninguna violencia, estimularon la codicia del gobernador de Cuba, quien rápidamente organizó una nueva expedición. El 18 de febrero de 1519 una flota de 11 navíos partió para el continente. A bordo iban 600 hombres, 32 caballos y un jefe excepcional llamado Hernán Cortés.

Los hechos según los aztecas

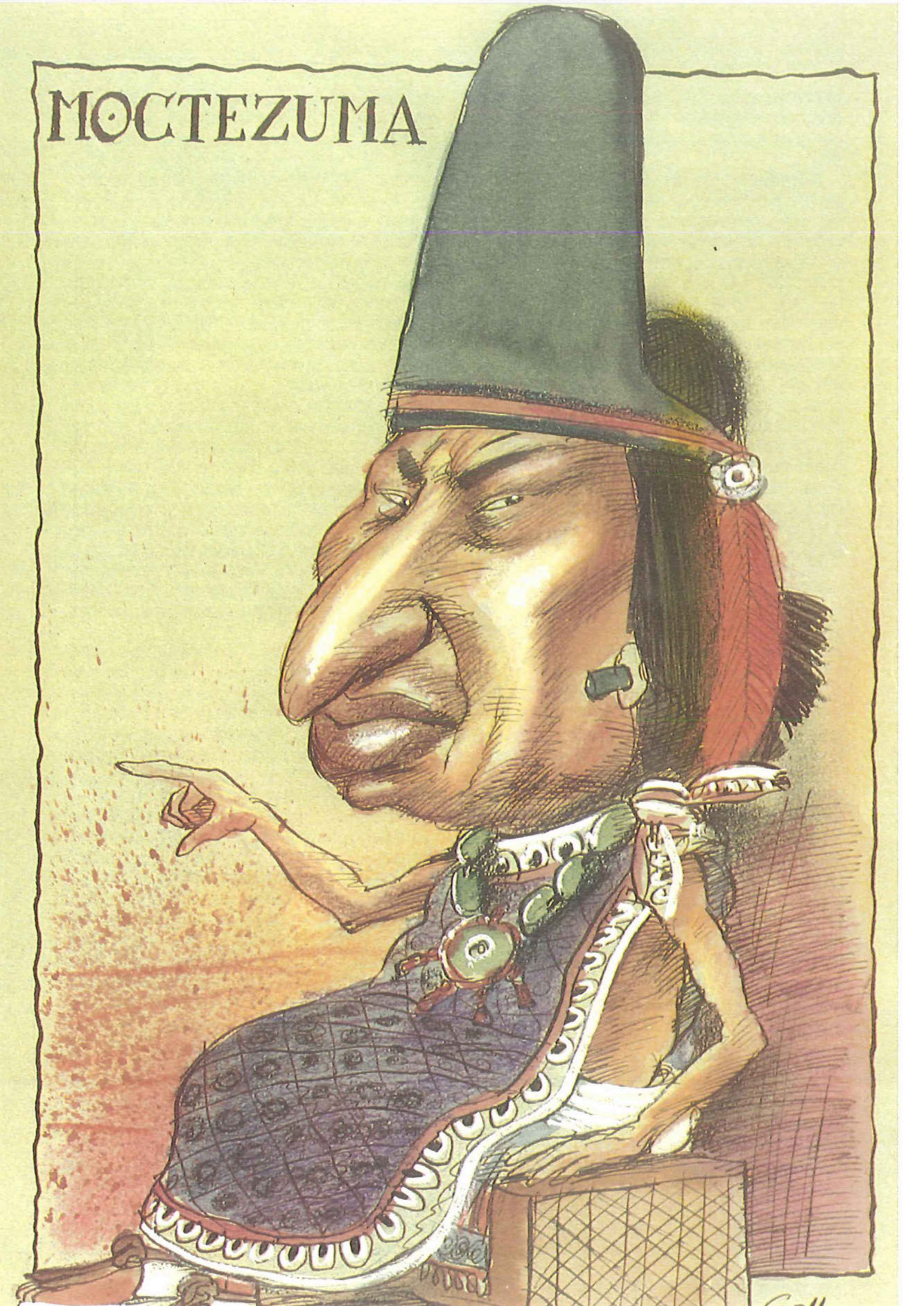
Cortés desembarcó primero en Yucatán, donde rescató a Jerónimo de Aguilar, un náufrago que había sido esclavo de los mayas durante ocho años y que, por tanto, conocía el idioma maya. Después se dirigió a Tabasco. El paso por este lugar sería decisivo para el éxito de la empresa, porque los mayas regalaron a los españoles una esclava que hablaba la lengua maya y la azteca o náhualt. Aguilar y la esclava, que fue bautizada con el nombre de Marina, prestaron un valioso servicio en la Conquista de México, pues gracias a ellos Cortés pudo comunicarse desde el principio con los aztecas.

El 22 de abril de 1519 la pequeña flota ancló en Veracruz y se dispuso a esperar acontecimientos. Estos no tardaron en producirse, pues al poco tiempo se presentaron en los barcos unos indios que afirmaron ser embajadores de Moctezuma, el rey de México. Al principio los españoles se comportaron amablemente con los emisarios, pero luego se volvieron belicosos y les retaron a un duelo. Los mexicanos, asustados por la provocación, volvieron a tierra y regresaron a México para informar al emperador. Moctezuma sintió miedo al oír la descripción que le dieron de los españoles y temiendo que no fueran humanos, envió contra ellos un puñado de hechiceros. Cuando Moctezuma supo que los brujos habían fracasado, perdió el poco ánimo que conservaba y su terror se contagió al resto de la población:

Había gran espanto y había terror. Se discutían las cosas, se hablaba de lo sucedido.

Hay juntas, hay discusiones, se forman corrillos. Hay llanto, se hace largo llanto, se llo-

Moctezuma, emperador azteca, que fue incapaz de detener la marcha de Cortés hacia Tenochtitlan (dibujo de Gallego)


MOCTEZUMA

ra por los otros. Van con la cabeza caída, andan cabizbajos. Entre llanto se saludan; se lloran unos a otros al saludarse. (Códice Florentino.)

A mediados de agosto Cortés decidió viajar a Tenochtitlan, la capital del imperio azteca, para entrevistarse con Moctezuma. Las crónicas indígenas hablan mucho sobre los acontecimientos producidos durante la marcha, si bien lo que dicen no se corresponde en nada con la información de procedencia castellana. Las versiones tlaxcalteca y mexicana concuerdan en reducir a simple incidente fronterizo las durísimas batallas que precedieron a la alianza hispano-tlaxcalteca, pero discrepan a la hora de tratar la llamada *Matanza de Cholula*. La primera afirma que la masacre fue provocada por las crueldades que los señores de Cholula (ciudad sometida a Moctezuma) hicieron a un emisario tlaxcalteca de Cortés; la segunda atribuye la responsabilidad a las intrigas de los tlaxcaltecas, enemigos declarados de Cholula.

Cuando los españoles llegaron a las montañas que separan los valles de México y Puebla, Moctezuma recurrió de nuevo a los brujos en un último y desesperado esfuerzo por impedir el avance. Desgraciadamente a la intervención de un misterioso borracho, que los magos identificaron con el todopoderoso Tezcatlipoca, señor de la providencia, frustró el plan, y el emperador se vio fatalmente obligado a aceptar lo que el destino le deparaba.

El encuentro que tanto temía Moctezuma se produjo el 8 de noviembre de 1519. El asombro experimentado por los españoles al contemplar el poderío de Moctezuma y la belleza de su ciudad, edificada sobre las aguas de un gran lago, tuvo su réplica en la actitud del emperador azteca, quien se impresionó tanto al ver el extraño aspecto de los recién llegados que les llamó dioses en su discurso de bienvenida. Los textos nativos hablan poco sobre lo que sucedió después. Aluden brevemente a la detención de Moctezuma (que tuvo lugar, según ellos, durante la entrevista); pero no mencionan las conspiraciones organizadas por la nobleza azteca para derrocar al emperador, ni la destrucción de las estatuas de los dioses mexicanos y su sustitución por los de los blancos. En cambio tratan exhaustivamente la obsesión de los españoles por apoderarse de todo el oro que hubiese en Tenochtitlan.

A mediados de marzo de 1520 Cortés tuvo que salir de Tenochtitlan para combatir a Pánfilo de Narváez, quien venía a capturar al capitán por orden de Diego Velázquez, gobernador de Cuba. En Tenochtitlan se quedó una pequeña guarnición al mando de Pedro de Alvarado. Cegado por la codicia, el temor o el deseo de someter a los mexicanos, Alvarado irrumpió en el patio del Templo Mayor de México, donde la nobleza celebraba la fiesta del *Toxcatl*, y llevó a cabo una horrible matanza:

Estando los pobres muy descuidados, desarmados y sin recelos de guerra, movidos los españoles de no sé que antojo (o como algunos dicen) por codicia, tomaron los soldados las puertas del patio donde bailaban los desdichados mexicanos, y entrando otros en el mismo patio, comenzaron a alancear y herir cruelmente aquella pobre gente, y lo primero que hicieron fue cortar las manos y las cabezas de los tañedores (de tambores), *y luego comenzaron a cortar sin ninguna piedad en aquella pobre gente cabezas, piernas y brazos, y a desbarrigar sin temor, unos hendidas las cabezas, otros cortados por medio, otros atravesados y barrenados los costados; unos caían luego muertos, otros llevaban las tripas arrastrando huyendo hasta caer; los que acudían a las puertas para salir de allí los mataban los que guardaban las puertas. (Códice Ramírez).*

La población, indignada por la cruel matanza, se levantó en armas, obligando a los castellanos a refugiarse en el palacio que les servía de cuartel. La intervención de Moctezuma pidiendo a sus súbditos que cesasen de combatir a los blancos irritó aún más a los aztecas, que se vengaron asesinando a muchos parientes y criados del rey.

El regreso de Cortés no mejoró la situación. Los mexicanos le dejaron reunirse con Alvarado; luego, atacaron el palacio. Tras cuatro días de intensos combates, el capitán español rogó a Moctezuma que intentase calmar los excitados ánimos de su pueblo. El intento fracasó y Cortés se vio en la obligación de abandonar Tenochtitlan. Las relaciones indias ofrecen varias versiones sobre esta retirada, conocida como *La Noche Triste* del 30 de junio. Todas subrayan la masacre que los guerreros aztecas hicieron en los blancos; eluden cuanto pueden referirse a la posterior batalla de Otumba, la mayor derrota de la gloriosa historia militar azteca; y ofrecen datos contradictorios sobre la muerte de Moctezuma. Para unas, los españoles le ahorcaron; para otras, le estrangularon. En cambio, sí se muestran unánimes al apuntar que los mexicanos vertieron su odio acumulado en el cadáver de su infortunado monarca cuando las llamas comenzaron a quemarle:



La triste suerte de los vencidos (izquierda y abajo, derecha). *La matanza de Cholula, uno de capítulos más negros de la conquista de México* (derecha, arriba)

Este infeliz en todo el mundo infundía miedo, en todo el mundo causaba espanto, en todo el mundo era venerado hasta el exceso, le acataban todos estremecidos.

Ese es el que al que en lo más pequeño lo había ofendido, lo aniquilaba inmediatamente. Muchos fingidos cargos a otros atribuía, y nada era verdad, sino invenciones suyas.

Y muchos otros lo reprochaban y hablaban contra él entre dientes, lanzaban gritos de rabia, movían ante él la cabeza. (Códice Florentino).

Los castellanos se refugiaron en Tlaxcala y permanecieron inactivos un tiempo. Mientras tanto, los aztecas, pensando que los españoles jamás volverían, se dedicaron a reparar los destrozos causados por el enfrentamiento. Limpiaron los canales de los bultos y cadáveres que los tapaban, acabaron con un centenar de blancos que se habían atrincherado en el antiguo cuartel (dato este muy importante, pues pudo ser una de las causas de la derrota de Otumba), y se prepararon para celebrar la fiesta del *Huey Tecuilhuit.* El festival careció de la alegría que le caracterizaba, porque una epidemia de viruela, enfermedad desconocida en América, asoló la ciudad azteca. Uno de los fallecidos fue Cuitlahuac, el sucesor de Moctezuma.

Cuando el *hueyzáhuatl*, nombre dado por los mexicanos a la enfermedad, perdió virulencia, los hombres blancos volvieron. Los textos aztecas relatan con gran minuciosidad los esfuerzos de Cuauhtemoc, heredero de Cuitlahuac, por impedir el avance de los hombres blancos. Las crónicas texcocanas, por su parte, ponen de relieve la ayuda decisiva que prestaron a Cortés los habitantes de Texcoco, desde donde se botaron unos bergantines que permitieron a los españoles controlar las aguas de la laguna.

Transcurridos cerca de 80 días de sitio, los aztecas seguían resistiendo desesperadamente. La ciudad que tanta admiración despertara en los españoles era un montón de ruinas humeantes, un infierno poblado por flacos espectros hambrientos:

En los caminos yacen dardos rotos, los cabellos están esparcidos. Destechadas están las casas, enrojecidos tienen sus muros. Gusanos pululan por calles y plazas. Y están las paredes manchadas de sesos. Rojas están las aguas, están como teñidas. Y cuando las bebimos, es como si bebiéramos agua de salitre.

[...] Hemos comido panes de colorín, hemos masticado grana salitrosa, pedazos de adobe, lagartijas, ratones, tierra hecha polvo, gusanos.

[...] Se nos racionó (el alimento). *Ración del joven, del sacerdote, del niño, de la doncella. ¡Basta!, de un pobre era la ración sólo dos puñados de maíz, sólo diez tortas de mosco; sólo era nuestra ración veinte tortas de grama salitrosa. (Relación anónima de Tlatelolco.)*

En su desesperación, Cuauhtemoc ordenó a un guerrero que cogiera la *xiuhcoatl (Serpiente de fuego)*, la invencible arma del dios de la guerra, y atacara a los castellanos. La aparición del guerrero sembró el miedo en las filas enemigas; pero el triunfo fue momentáneo. El día 1 Serpiente, del año 3 Caña, correspondiente al 13 de agosto de 1521, festividad de San Hipólito, cayó la ciudad de México-Tenochtitlan, capital del imperio azteca.

Observaciones

Lo primero que debe señalarse es que no existe una interpretación mexicana de la Conquista. Los testimonios son tantos, y tan dispares los intereses expuestos en las crónicas, que, en buena lógica, habría que diferenciar tres versiones distintas: la tlaxcalteca, la texcocana y la azteca. Sin embargo, todas presentan algunas características comunes.

En primer lugar, las versiones mexicanas de la Conquista tienen una marcada intencionalidad política que se traduce en una clarísima, y a veces grosera, manipulación histórica. Sea cual fuere el objetivo perseguido, el resultado siempre es el mismo: una visión distorsionada de la realidad que se apoya más en la emotividad que en el relato racional de los acontecimientos.

En segundo lugar, la Conquista se presenta como un enfrentamiento entre Dios y el Diablo, entre el bien y el mal. Los hechos se estructuran en función de un esquema mítico que principia con los misteriosos prodigios que auguran el fin del imperio, sigue con el fracaso de los hechiceros, continúa con la aparición de Tezcatlipoca, y finaliza con la desesperada utilización de la *xiuhcoatl*, el arma sagrada de Huitzilopochtli. Esta estructura aparece más o menos completa en todas las relaciones indígenas, si bien las versiones texcocana y tlaxclateca presentan variaciones considerables. Así, los texcocanos, empeñados en aparecer como los únicos autores de la sacrosanta gesta, llegaron incluso a *satanizar* a los propios españoles.

Finalmente, las diferentes opiniones coinci-



Hernán Cortés inutiliza sus naves para que nadie se vuelva atrás (Museo de América)

Diego Velázquez entrega las naves a Cortés (Museo de América)





Las naves de Cortés en Veracruz (pintura de Miguel González, Museo de América)

den en atribuir todos los males a Moctezuma, convirtiéndole en un ser cobarde y miedoso, incapaz de presentar lucha.

Tanto la interpretación providencialista del enfrentamiento como las acusaciones contra Moctezuma, responden a una cuidada y pensada reelaboración histórica que obedece al deseo de ocultar la auténtica razón que provocó la caída del imperio azteca: la tiranía de Moctezuma, producto final del terror que impusieron los aztecas a los restantes pueblos del México central. Los mismos mexicanos lo reconocieron de forma implícita cuando narraron el encuentro de Tezcatlipoca con los brujos enviados para detener a Cortés:

¿Qué es lo que Mocteuzuma pretende hacer contra los españoles por vuestro medio? Tarde ha vuelto sobre sí, que ya está determinado de quitarle su reino, su honra y cuanto tiene, por las grandes tiranías que ha cometido contra sus vasallos. No ha regido como señor, sino como tirano y traidor. (Cód. Ramírez.)

Por último, conviene subrayar el elevado valor literario de los textos indígenas, cuyas descripciones, llenas de dramatismo y dolor, de sangre y fuego, nada tienen que envidiar a las escenas narradas en los cantares de gesta medievales o en las grandes epopeyas hindúes y griegas.

La versión maya

LOS quichés del altiplano guatemalteco dejaron constancia de su enfrentamiento con el rubio Alvarado en los *Títulos de la casa Ixquin Nehaib, señora del territorio de Otzoya*. El documento original, que estaba redactado en idioma quiché, se ha perdido, aunque afortunadamente se conserva una antigua traducción al castellano del siglo XVI. También el *Popol Vuh,* el libro sagrado de los quichés, alude brevemente a la Conquista en un corto y dramático párrafo. Los belicosos quichés dejaron además un artístico testimonio de la llegada de los españoles: una representación teatral conocida como el *Baile de la Conquista* que recrea las luchas del pueblo quiché con los hombres blancos.

Por su parte, los cakchiqueles elaboraron un interesante manuscrito que ha sido bautizado con tres nombres: *Anales de los cakchiqueles, Memorial de Sololá* y *Memorial de Tecpan-Atitlan,* aludiendo los dos últimos títulos al lugar donde se redactó. El libro, escrito en lengua cakchiquel por varias generaciones de la antigua familia de los Xahil, consta de dos partes: la primera abarca la época prehispánica, la segunda se inicia con la Conquista española y se prolonga hasta 1581. El *Memorial de Sololá* es un documento atípico de la historiografía indígena, porque el relato está desprovisto de juicios subjetivos.

A semejanza de los quichés y cakchiqueles, los mayas de la península de Yucatán dejaron pocos testimonios sobre la Conquista. De hecho, sólo se conservan dos documentos que traten extensamente y de manera histórica el enfrentamiento entre los *dzules* (extranjeros) blancos y los yucatecos. El primero, titulado *Crónica de Chac Xulub Chen,* fue escrito a mediados del siglo XVI por Ah Nakuk Pech, gobernante de aquella ciudad. El texto, redactado en idioma indígena, cuenta la historia de la región desde 1511, fecha de la llegada de Jerónimo de Aguilar al área maya, hasta 1545, año en que comenzó la evangelización. El segundo, bautizado con el nombre de *Códice de Calniki,* narra los sufrimientos que infligieron los españoles a los canules de Campeche. Asimismo se encuentran noticias dispersas en las *Crónicas de familia,* genealogías de la época colonial que enumeran las hazañas de los linajes nobles.

También son muy importantes para la visión maya de la Conquista los llamados *Libros de Chilam Balam*. Estos escritos, piezas angulares de la literatura indígena americana, fueron elaborados durante la dominación española y abarcan materias muy dispares, pues incluyen textos de contenido religioso (cristianos o paganos), médico e histórico, así como novelas europeas traducidas al maya, piezas teatrales y otros temas de difícil clasificación. El número de *Libros de Chilam Balam* se acerca a la veintena, aunque todos proceden de un mismo original. Desgraciadamente la mayor parte de ellos permanecen inéditos. Los más interesantes son el *Chilam Balam de Chumayel,* el *Chilam Balam de Tizimín* y el *Códice Pérez,* un manuscrito que recoge fragmentos procedentes de varios libros.

Las crónicas yucatecas se caracterizan so-

Esquema de Utatlan, capital de reino quiché (arriba). *Detalle de las ruinas mayas de Chichén Itzá tal y como las vieron Catherwood y Stephens a mediados del siglo* XIX (abajo)

bre todo por presentar una complicada y esotérica redacción que hace sumamente difícil su lectura. Así, por ejemplo, las *Palabras de Nahau Pech*, uno de los textos proféticos del *Chilam Balam*, predicen la llegada de los hombres blancos de esta manera:

Cuando se entienda ese tiempo, ¡oh, padre!, llorarán los poderosos, será el tiempo del cuarto Katun cuando venga la verdadera ofrenda, cuando sea el día de Ku, deidad. Entonces será cuando recordemos llorando lo que te entregamos a ti, ¡oh, padre!

Mirad ya en camino a vuestros huéspedes, los itzaes, brujos del agua; ellos serán los amos y señores de la tierra cuando lleguen; considerad esto, ponedlo en vuestro entendimiento, os lo dice Nahau Pech, Garrapata de línea materna llamada Hau, Ah Kin. Hacia el fin del Katun, ¡oh, padre!, perdidos serán los hormigas hombres, perdidos serán los que vigilan el sustento, los que husmean el sustento, las aves de rapiña del sustento.

Los hechos según los mayas

Los primeros contactos de los mayas con los españoles datan de 1511. Ese año, un barco que iba del Darién a la isla de Santo Domingo se hundió cerca de Jamaica y algunos tripulantes lograron alcanzar la costa de Yucatán. Sólo dos lograron sobrevivir: Francisco de Aguilar, quien habría de jugar un importante papel en la Conquista de México, y Jerónimo Guerrero, un marinero que adoptó la cultura maya. Posteriormente el litoral yucateco será explorado por Francisco Hernández de Córdoba, Juan de Grijalba y Hernán Cortés. Estos precedentes también serían recogidos por los mayas, que los narraron con bastantes errores:

De este modo, nuestra tierra fue descubierta, a saber, por Jerónimo de Aguilar, quien, a saber, tuvo por suegro a Ah Nauh Ah Pot, en Cozumel, en 1517 años.

[...] En 1519 años fue el primer año en que vinieron españoles aquí, a Cozumel. En la tercera vez vinieron Fernando Cortés y Espoblaco Lara. Y fue el 28 de febrero que vinieron por la primera vez los que saben decir bien la palabra. (Ah Nakuk Pech, *Crónica de Chac-Xulub-Chen.)*

Sin embargo, la Conquista del Yucatán tardaría aún algunos años en emprenderse. En 1527 Francisco de Montejo, un antiguo compañero de Hernán Cortés, se estableció en Cozumel y ocupó la parte norte de la península. Los mayas presentaron una feroz resistencia y Montejo tuvo que renunciar al año siguiente a continuar la empresa. Tres años después, en 1531, Montejo volvió a intentar la Conquista, pero esta vez eligió como punto de entrada Campeche. La campaña se inició favorablemente ya que los xius de Maní le recibieron de forma amistosa. Luego, el hijo del Adelantado, conocido por Montejo el Mozo, entró en Chichén Itzá, donde fue acogido de mala gana por el cacique Naabón Cupul. Las imposiciones tributarias de los castellanos irritaron a los cupules, que terminaron por sublevarse a mediados de 1533, obligando al joven Montejo a retirarse. Las noticias que llegaban del lejano y rico Perú desmoralizaron a los ya desilusionados soldados, que desertaron en masa. A finales de 1534 Montejo y su hijo se retiraron a Veracruz en compañía de los restos de su ejército.

En 1540, el Adelantado, viejo y enfermo, cedió la gobernación de Yucatán a su hijo. Montejo el Mozo volvió por tercera vez al territorio maya. Esta vez los xius de Maní colaboraron con los blancos y el hijo pudo al fin hacer realidad el sueño del padre en 1546.

Curiosamente, los señoríos militaristas del altiplano guatemalteco ofrecieron una resistencia mucho más débil ya que la Conquista finalizó al año de iniciarse.

En febrero de 1524 Pedro de Alvarado, lugarteniente de Hernán Cortés, cruzó el río Suchiate y exigió a los quichés que se rindiesen, pues, en caso contrario, *daba por esclavos a todos los que en vida se tomasen en guerra.* Los quichés se negaron a capitular y Alvarado inició la campaña. La batalla definitiva, que tuvo lugar en las cercanías de Quetzaltenango, finalizó con una masacre espantosa porque el capitán castellano:

Viendo que huían los soldados de este capitán Tecum, dijo que también ellos habían de morir. Y luego fueron los soldados españoles detrás de los indios y les dieron alcance y a todos mataron sin que quedara ninguno. (Títulos de la Casa Ixquin Nehaib.)

Después Alvarado entró en Utatlan, capital del Quiché, y temiendo una celada ordenó ejecutar a los gobernantes locales; ejecución que el *Popol Vuh* señaló con estas escuetas palabras:

Oxib-Queh y Beleheb-Tzi, la duodécima generación de reyes. Estos eran los que reinaban cuando llegó Tonadiú (apodo que los mexicanos daban a Alvarado) *y fueron ahorcados por los castellanos.*

Pedro de Alvarado, compañero de Cortés en México y conquistador de Guatemala (dibujo de Gallego)


Pedro de Alvarado

El 11 de abril de 1524 Alvarado llegó a Iximché, capital del reino cakchiquel. Los cakchiqueles, enemigos declarados de los quichés, recibieron entusiásticamente a los hombres blancos, colaborando con ellos en la Conquista de los restantes señoríos de la zona.

Alvarado, a diferencia de Cortés, no respetó a sus aliados. Primero les pidió *una de las hijas del rey y los señores se la dieron;* luego:

Tunatiuh les pidió dinero a los reyes. Quería que le dieran montones de metal, sus vasijas y coronas. Y como no se las trajesen inmediatamente, Tonatiuh se enojó con los reyes y les dijo: «¿Por qué no me habéis traído el metal? Si no traéis con vosotros todo el dinero de las tribus os quemaré y os ahorcaré», les dijo a los señores. (Memorial de Sololá.)

Los cakchiqueles, indignados por aquella injusticia, se sublevaron, iniciando un guerra que se prolongaría hasta mayo de 1530.

Observaciones

A semejanza de los mexicanos, los mayas dejaron dos versiones bastante diferentes de la Conquista castellana: la guatemalteca y la yucateca.

La primera se parece bastante a la azteca, tal vez porque los quichés y los cakchiqueles descendían de un grupo mexicano que se asentó en el altiplano guatemalteco en 1250. Así, se da una interpretación providencialista del enfrentamiento que sirve para justificar la derrota de los quichés en Quetzaltenango, o el fracaso de la rebelión cakchiquel de 1524, dirigida por un *agente del diablo:*

[...] Se presentó un hombre, agente del «demonio», quien dijo a los reyes: «Yo soy el rayo. Yo mataré a los castellanos; por el fuego perecerán. Cuando yo toque el tambor salgan de la ciudad, que se vayan los señores al otro lado del río. Esto haré el día 7 ahmak.» Así habló aquel «demonio» a los señores. Y, efectivamente, los señores creyeron que debían acatar las órdenes de aquel hombre. (Memorial de Sololá.)

La yucateca excluye por completo el componente mágico. Los mayas del Yucatán sabían bastantes cosas de los españoles y no creían, como los cakchiqueles, en la divinidad de los blancos. Para ellos eran *dzules* (forasteros) que traían consigo la muerte y la opresión. Su visión de la Conquista es muy racional y refleja las dos obsesiones que dominaron el alma de los mayas durante toda su historia. Por un lado, la preocupación por dominar y controlar el tiempo mediante el uso de la astrología; preocupación que se refleja en los vaticinios del *Chilam Balam.* Por el otro, el problema del tributo excesivo, que no se reduce al oro, sino que abarca también los productos cotidianos y la servidumbre laboral. Al respecto, dice una profecía del *Chilam Balam* sobre la construcción de la catedral de Mérida:

El palo del blanco bajará, vendrá del cielo, por todas partes vendrá, al amanecer veréis la señal que le anuncia.

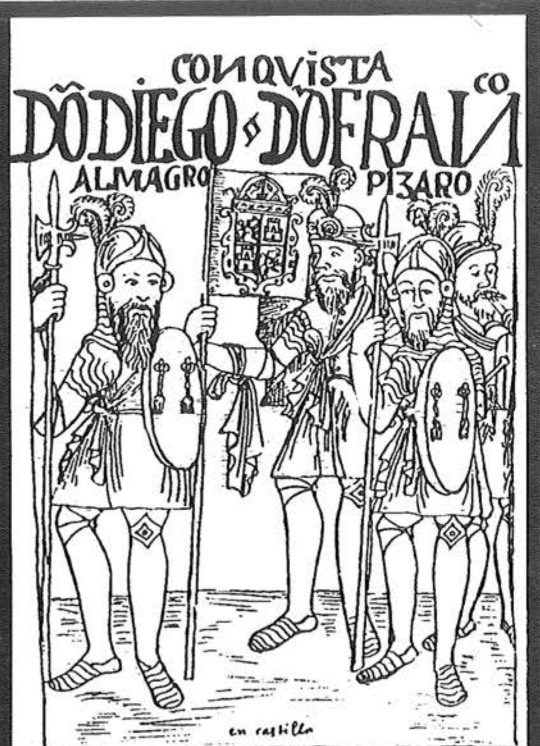
¡Ay! ¡Entristezcámonos porque vinieron, porque llegaron los grandes amontonadores de piedras, los grandes amontonadores de piedras para construir, los falsos ibteeles, *«raíces» de la tierra que estallan fuego al extremo de sus brazos, los embozados en sus sábanas, los de reatas para ahorcar a los señores.*

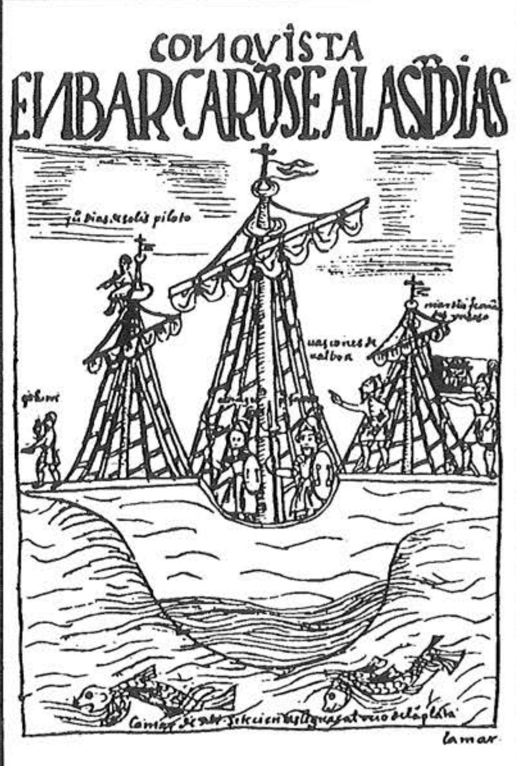
Los incas y la conquista

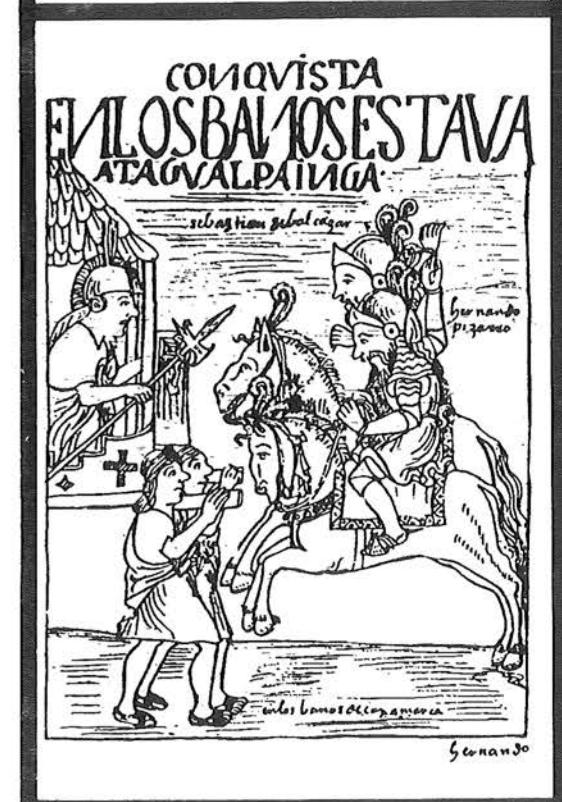
LOS textos quechuas sobre la Conquista del Perú son poco abundantes, pues sólo existen cuatro crónicas que relaten el enfrentamiento desde la óptica indígena. A ellas cabe añadir unas cuantas obras literarias, tales como la *Tragedia del fin de Atahualpa,* una pieza teatral en lengua quechua que todavía se sigue representando en los Andes, y dos poemas anónimos inspirados en la muerte del inca.

La obra de Felipe Huaman Poma de Ayala (1535?-1615?) presenta un interés especial. Huaman Poma, indio de sangre pura, fue el autor de una curiosísima historia que lleva el pintoresco título de *El primer nueva crónica y buen gobierno.* El libro, que tiene mil y pico páginas y más de 300 dibujos, ofrece infinidad de datos sobre los diferentes aspectos de la sociedad incaica, la lucha con los españoles y la colonización. Desgraciadamente, la obra es muy difícil de leer, ya que está escrita en un castellano bárbaro, lleno de palabras y

Cuatro grabados de Huamán Poma de Ayala con otros tantos momentos de la conquista española de Perú


CONQVISTA
ALMAGRO
PIZARO
ALMAGRO
en castilla


CONQVISTA
la mar


CONQVISTA
EN LOS BAÑOS ESTAVA
ATAGVALPA INGA
hernando pizarro


CONQVISTA
MILAGRO DEL S. S.
en el cuzco

frases quechuas. Este valioso documento fue descubierto a principios del presente siglo en la Biblioteca Real de Copenhague.

También posee una gran importancia la *Relación de la conquista del Perú y hechos del Inca Manco II,* dictada por Titu Cusi Yupanqui, hijo de Manco, al agustino Marcos García, un misionero que vivió algún tiempo en la fortaleza incaica de Vilcabamba. En ella, Titu Cusi Yupanqui, que reinó en Vilcabamba de 1557 a 1570, mencionaba la Conquista española y enumeraba los agravios que los *viracochas* hicieron a su pueblo.

La *Relación de antigüedades de este reino del Perú,* de Juan de Santa Cruz Pachacuti, contiene asimismo valiosas noticias sobre la cultura incaica y la relación entre españoles e incas. Fue escrita en el siglo XVII y al igual que la crónica de Huaman Poma está ilustrada con dibujos.

El último testimonio quechua de la Conquista se encuentra en los *Comentarios reales de los incas,* la famosa obra del Inca Garcilaso de la Vega. Garcilaso, hijo de una princesa peruana y de un conquistador español, pasó la mayor parte de su vida en España. Sin embargo, recogió la versión india del enfrentamiento, ya que se inspiró principalmente en los datos que le proporcionaron los parientes de su madre.

Los hechos según los incas

En 1524 Francisco Pizarro y Diego de Almagro, dos veteranos conquistadores sin suerte, tuvieron noticia de la existencia de una fabulosa tierra, rica en oro y plata, llamada Virú (Perú), y decidieron probar fortuna una vez más. Se iniciaba así una increíble aventura que finalizaría con la conquista del gran imperio de los incas, un inmenso país de cultura milenaria que se extendía desde las fronteras de la actual Colombia hasta las zonas septentrionales de Chile y Argentina.

La primera tentativa fracasó, pero los tozudos socios no se dieron por vencidos. Dos años después, en 1526, Pizarro y Almagro emprendieron una nueva expedición que por fin obtuvo buenos resultados. Uno de los barcos, capitaneados por un experto piloto, llegó a los confines del Virú y regresó con varias muestras de preciados artículos peruanos, así como con algunos prisioneros. Uno de ellos, el famoso Felipillo, jugaría un papel decisivo en los sucesos de Cajamarca.

Al año siguiente los dos conquistadores volvieron por tercera vez a explorar las costas del Perú. A la altura de la isla del Gallo los socios decidieron separarse porque los alimentos comenzaban a escasear. Pizarro se quedó en el islote; Almagro regresó a Panamá en busca de provisiones y refuerzos.

Desgraciadamente la compleja situación política de Panamá había experimentado un fuerte cambio. El nuevo gobernador, decidido a poner fin a la loca aventura del Virú, envió un barco con orden de repatriar a los frustrados expedicionarios. La mayor parte de los soldados cumplieron el mandato; solamente unos cuantos, que pasarían a la historia con el nombre de *Los trece de la fama,* se negaron a regresar.

Los rebeldes permanecieron más de seis meses en su exilio voluntario, alimentándose exclusivamente de moluscos y aves marinas. Mientras tanto, Almagro logró que el gobernador le autorizara a enviar un navío en socorro de los empecinados náufragos. El capitán debía limitarse a traer, por las buenas o por las malas, al pequeño grupo a Panamá. Pero Pizarro, persistiendo en su actitud rebelde, se apoderó de la nave y puso rumbo al sur.

En 1528 el barco ancló en Tumbez. El gobernador de la ciudad, incitado por el intérprete Felipillo, subió al navío y se entrevistó con Pizarro, quien le informó de que era embajador de un poderoso monarca. Más tarde, un español denominado Molina devolvió la visita y recorrió la ciudad en compañía del cacique. La admiración que se despertó en el castellano al contemplar la rígida organización social incaica y los majestuosos edificios tuvo su contraparte al desembarcar el griego Pedro de Gandía, quien espantó a los tumbeños al hacer brotar fuego y humo de un largo tubo fabricado con madera y metal.

Lógicamente la primera medida de Pizarro fue pedir grandes cantidades de oro, y los indios, creyendo que los blancos se alimentaban del dorado metal, trajeron varios cestos repletos de oro en polvo. Después de llevar el valioso regalo a la bodega del barco, que terminaron de llenar con un par de llamas vivas, algunas piezas de orfebrería y unos cuantos tejidos de alpaca, los españoles se despidieron de los tumbeños prometiendo que pronto volverían.

Pizarro se marchó, si bien dejó un envene-

Atahualpa, que menospreció a las tropas españolas, acabó pagando caro su gesto (dibujo de Gallego)



nado regalo: la viruela. La epidemia se cobró miles de víctimas. Huayna Capac, el inca supremo, tomó precauciones extremas para evitar el contagio; sin embargo, la enfermedad le alcanzó en el sótano donde había buscado refugio, y el gran conquistador falleció.

Su hijo y sucesor, Huascar, tenía un agraciado rostro *morenete y largo,* pero también muy *malas entrañas,* como demostró al asesinar sin razón aparente a cuatro hermanos suyos. Esta injustificada matanza asustó a su medio hermano Atahualpa, residente en Tomebamba, que se apresuró a aceptar la autoridad de Huascar. El Inca mató a los mensajeros y ordenó a Atahualpa que se presentara inmediatamente en el Cuzco, la capital del imperio.

Por supuesto, Atahualpa rechazó el fraternal mandato. Se trasladó a Quito, capital de las provincias del norte, y logró que tanto los jefes locales como los oficiales del aguerrido ejército de su padre le jurasen fidelidad. Contando con este fuerte apoyo, Atahualpa exigió a su hermanastro que le cediera el control del norte.

Huascar no estaba dispuesto a ello y envió un ejército que incendió Tomebamba en 1531. Los generales de Atahualpa reaccionaron con una rápida contraofensiva que les llevó al sur. Derrotados una y otra vez, los ejércitos cuzqueños (nombre que recibieron los partidarios de Huascar) retrocedieron hasta alcanzar las cercanías del Cuzco.

Sorprendentemente el Inca logró vencer a los partidarios de Atahualpa, obligándoles a huir. Huascar, satisfecho con lo conseguido, no persiguió a los quiteños, limitándose a saquear su campamento. Gravísimo error que habría de costarle caro, porque los quiteños se rehicieron y atacaron a los confiados cuzqueños. Huascar cayó prisionero y sus guardianes se ensañaron con él hasta lo indecible:

Teniéndolo preso, le hacían burla, le dieron a comer basura y suciedad de persona y de perros, y por chicha le dieron de beber meados de perros y de personas, y por coca le presentaron petaquillas de hoja de chillca, y por llipta le dieron suciedad. Chocarreaban con él. (Felipe Huaman Poma, *Nueva crónica y buen gobierno.)*

Tampoco la familia del Inca escapó a la furia de los vencedores: todos los parientes fueron pasados a cuchillo. Sólo las mujeres sin hijos se salvaron, pues Atahualpa deseaba aumentar su harén.

Atahualpa, que había permanecido tranquilamente en Quito, decidió ir al Cuzco para recibir allí la *mascapaicha,* símbolo del poder entre los incas. Al llegar a Cajamarca, un mensajero le comunicó que los misteriosos hombres blancos de Tumbez (Pizarro había regresado el 13 de marzo de 1531) iban internándose en el país. Atahualpa reaccionó de forma similar a la de Moctezuma al saber la noticia. Envió un embajador con la orden de rogar a los blancos que volviesen a la costa. Por supuesto Pizarro ignoró el requerimiento y continuó la marcha hacia Cajamarca. Entre tanto, Atahualpa reunió un gran ejército y esperó a los castellanos. Al igual que Moctezuma, el Inca dejaba avanzar a los españoles con el claro propósito de aniquilarlos. A principios de 1532 Pizarro y 120 hombres entraban en Cajamarca.

Huascar, refinado y atento, envió mujeres y servidores para atender a los blancos y a sus caballos. El Inca, pudoroso y puritano, supo que algunas muchachas se burlaban de la espada de los españoles (los quechuas creían que la espada no era un arma, sino un larguísimo pene) y las castigó con su acostumbrada dureza:

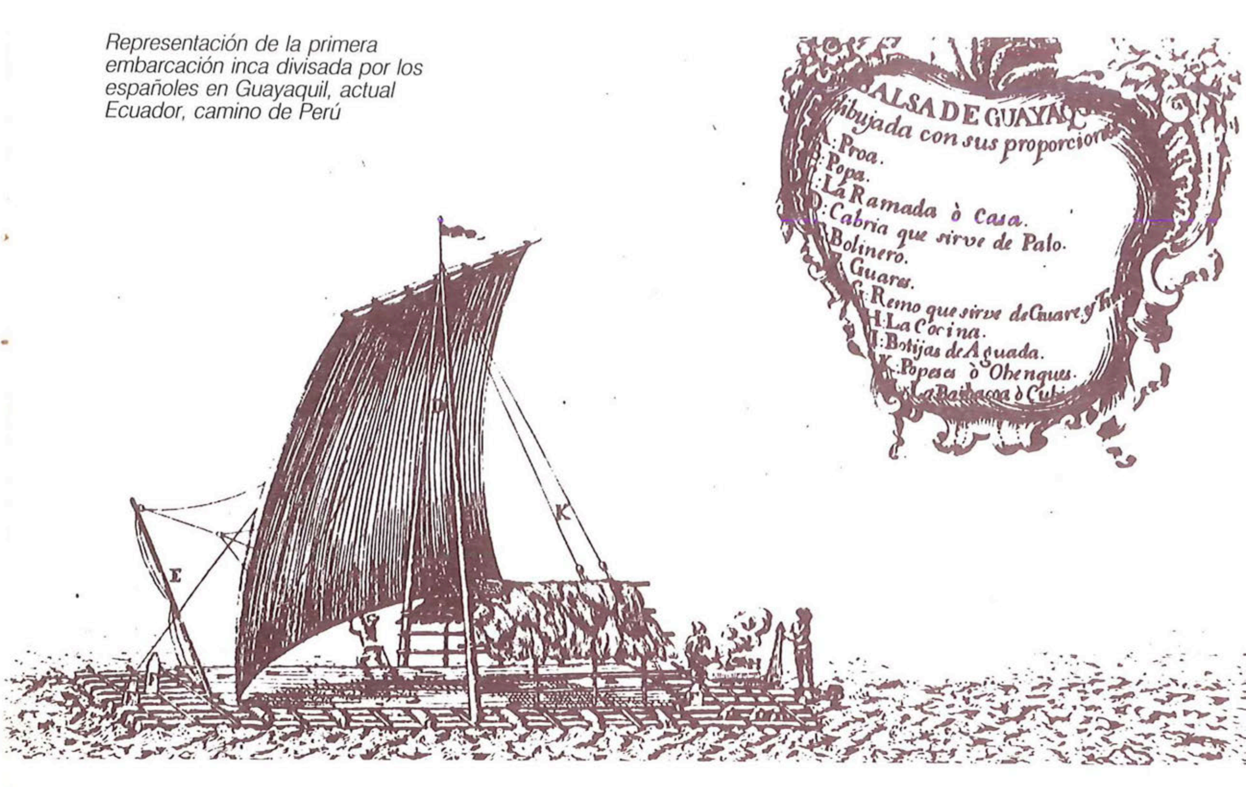
Y porque se reían de la pixa de los cristianos, mandó matar Atahualpa ynga a las indias que se rieron, y tornó a dar otras indias y servicios. (Felipe Huaman Poma, *Nueva crónica y buen gobierno.)*

El 16 de noviembre tuvo lugar la entrevista. Primero habló Pizarro y dijo a Atahualpa que era embajador de un gran rey, y que debía rendirle vasallaje; después tomó la palabra fray Vicente exigiendo al Inca que adorara al verdadero Dios. Atahualpa preguntó a Valverde quién le había enseñado aquella doctrina, y el fraile respondió que lo sabía por el evangelio. El Inca pidió entonces el libro, lo ojeó y finalmente lo arrojó al suelo despectivamente. Al ver esto los españoles atacaron a Atahualpa:

Le derrocaron de sus andas por fuerza, y se las trastornaron, y quitaron lo que tenía y la borla, que entre nosotros es corona.

Y quitado todo lo dicho, le prendieron; y porque los indios daban gritos, les mataron a todos con los caballos, con espadas, con arcabuces, como quien mata a ovejas, sin hacerles resistencia, que no se escaparon de más de diez mil, doscientos. (Titu Cusi, *Relación de la conquista del Perú.)*

Los sucesos que siguieron son bien conocidos. Atahualpa ofreció a los españoles llenar de oro la habitación donde estaba preso si le devolvían la libertad; pero al mismo tiempo, sospechando que Pizarro devolvería el tro-



Representación de la primera embarcación inca divisada por los españoles en Guayaquil, actual Ecuador, camino de Perú

no a Huascar, ordenó matar a su hermano. Los españoles, que no se fiaban del Inca, aprovecharon el asesinato para deshacerse de Atahualpa. Sometido a juicio, Atahualpa fue declarado culpable y condenado a muerte. Su ejecución llevó el caos al Perú:

Así dieron a hurtar y robar (tanto) *los españoles, como Chalcuchima, Quisquis, Ahuapanti Rumiñahui, y otros muchos capitanes; y los indios cañaris y chachapoyas huancas andaban robando y salteando y perdidos los yanaconas.* (Felipe Huaman Poma, *Nueva Crónica y buen gobierno.)*

Aprovechando la ayuda que los antiguos partidarios de Huascar le prestaron, Pizarro logró vencer la débil resistencia de los quiteños. El 14 de noviembre de 1533 los españoles entraron en el Cuzco y proclamaron Inca a un hermanastro de Atahualpa llamado Manco II. Tres años después, Manco, harto de las imposiciones de los blancos, huyó del Cuzco y organizó una gran rebelión. Los ejércitos quechuas atacaron su antigua capital; pero fracasaron y al final Manco tuvo que retirarse a Vilcabamba.

Al igual que sucede con la versión azteca de la Conquista, lo importante de la interpretación inca no reside en la identificación de los hombres blancos con los dioses. Ciertamente los quechuas creyeron en principio que los españoles eran dioses; sin embargo, pronto descubrieron su error, como dejaron en claro los capitanes de Atahualpa al acusar a Pizarro de hacerse pasar por Huiracocha:

¿Vosotros no le engañasteis diciendo que veníais por el viento por mandato del Huiracocha, que erais sus hijos y decíais que veníais a servir al Inca, a quererle mucho, a tratarle como a vuestras personas mismas a él y a toda su gente? (Titu Cusi, *Relación de la Conquista del Perú.)*

Lo importante es que refleja el pensamiento colectivista del pueblo quechua, porque todas las crónicas exponen los datos de la misma manera, no incurren en contradicción alguna, y sobre todo concuerdan sorprendentemente con la versión castellana. Y también su marcado materialismo, pues los escritores incas son los que hacen más hincapié en describir la obsesión de los españoles por el oro:

Estando preso Atahualpa Inca le robaron toda su hacienda don Francisco Pizarro y don Diego de Almagro y todos los demás soldados y españoles. Y lo tomaron toda la riqueza del templo del sol y de Curicancha y de Huanacauri, muchos millones de oro y plata, que no se pueden contar. (Felipe Huaman Poma, *Nueva crónica y buen gobierno.)*

Asimismo hay un tercer aspecto llamativo: el solapado desprecio hacia Atahualpa que

aparece en las relaciones de Huaman Poma y Santa Cruz Pachacuti.

Los indios que vivían en América del norte no conocían la escritura y su modo de vida era mucho más sencillo que el de los pueblos azteca, maya e inca. No obstante, ellos también dejaron constancia de las sensaciones que experimentaron en su enfrentamiento con los hombres blancos. Por lo tanto, puede decirse que existe una versión *piel roja* de la conquista. Desgraciadamente nadie se ha tomado la molestia de recogerla por escrito, aunque los archivos ingleses, franceses y estadounidenses contienen numerosos documentos con los hermosos discursos de los jefes indios.

Los otros vencidos: los indios de Norteamérica

La visión de los indios norteamericanos es poco aparatosa y bastante gris. No hay en ella batallas espectaculares, grandes matanzas o acontecimientos sobrenaturales. Sin embargo, resulta superior en muchos aspectos a los testimonios que nos legaron los grupos que combatieron con los españoles.

En primer lugar, presenta una mayor frescura y objetividad, pues nos encontramos en presencia de discursos hablados, lo cual excluye cualquier tipo de manipulación, añadido o cambio de las ideas expuestas, acciones de uso frecuente en la literatura histórica escrita. Es decir, la versión de los indios norteamericanos está libre del servilismo, más o menos encubierto, que aparece en otras versiones. Tampoco hay en ella aceptación de la cultura y de la religión de los vencedores, sino una relación de igual a igual.

En segundo lugar, se caracteriza por una extraordinaria coherencia. Las palabras de los jefes indios siempre son las mismas, aunque hayan sido pronunciadas en el siglo XVII, XVIII o XIX, o se encuentren en documentos franceses, ingleses o norteamericanos.

Por último, tiene un gran dramatismo. Los indios norteamericanos, a diferencia de aztecas, incas y mayas, sabían que su enfrentamiento con los hombres blancos sólo podía finalizar con la muerte de los indígenas, ya que los anglosajones no querían oro, sino expulsar a los indígenas de sus tierras. Al apoderarse de los territorios indios, los colonos blancos, que paradójicamente venían huyendo del despótico sistema de propiedad agraria europeo, quitaban a los indígenas su medio de vida, y en consecuencia los condenaban a la muerte. Los indios lo sabían y todos sus jefes lo expresaron una y otra vez con discursos tan hermosos que, la verdad, superan en mucho los refinados escritos de los civilizados pueblos de México y Perú. Un buen ejemplo de ello se encuentra en las palabras que Oso Erecto, un jefe ponca, dirigió al general norteamericano que le hizo prisionero:

Yo creía que el Omnipotente nos seguía queriendo vivos; pero ahora veo que erré. Dios quiere dar la tierra a los blancos, y por eso es necesario que nos extingamos. Será mejor así.

La cristianización según los vencidos

LA conquista militar no fue el único trauma que el hombre blanco causó a los indios americanos. A la derrota militar se añadieron otras muchas imposiciones que resultaron a la larga más dolorosas y frustrantes. Sin duda, la más importante de todas consistió en la obligación de aceptar las creencias religiosas de los vencedores. La extirpación de las religiones nativas y su sustitución por el cristianismo se hizo por lo general de forma pacífica; sin embargo, la situación llegó a ser tan dramática en algunos momentos que la evangelización puede considerarse como una auténtica *conquista espiritual*.

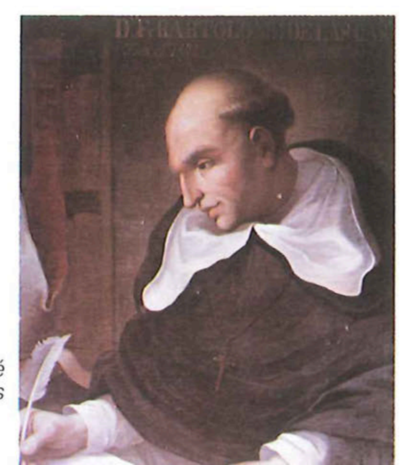
Ofrecer la visión indígena de la cristianización es una tarea compleja porque las crónicas indias no hablan mucho del tema. De hecho, sólo existe un documento que recoge con entera libertad la opinión de los vencidos: los *Coloquios y doctrina cristiana*, también llamado *Libro de los doce*, un texto bilingüe castellano/nahuatl que recoge la disputa teológica que tuvieron los misioneros franciscanos y los sacerdotes aztecas en 1524. En él, los mexicanos exponen sus creencias religiosas y rechazan con energía la doctrina de los blancos, afirmando que admitirla supondría una humillación:

Oíd, señores nuestros, no hagáis algo a vuestra cola, vuestra ala (a vuestro pueblo) *que le acarree la desgracia, que lo haga perecer* [...] *No sea que, por esto, ante noso-*

Fiesta religiosa azteca (en Historia General de las cosas de Nueva España, *por Bernardino de Sahagún)*



Sacerdotes indígenas tras un sacrificio humano



Fray Bartolomé de las Casas

tros se levante la cola, el ala (el pueblo), *no sea que, por ello, nos alborotemos, no sea que desatinemos, si así les dijéramos: «Ya no hay que invocar* (a los dioses), *ya no hay que hacerles súplicas. Tranquila, pacíficamente, considerad, señores nuestros, lo que es necesario. No podemos estar tranquilos, y ciertamente no lo seguiremos* (el cristianismo), *eso no lo tenemos por verdad aun cuando os ofendamos* [...] *Es ya bastante que hayamos dejado, que hayamos perdido, que se nos haya quitado la estera, el sitial* (el mando).

Santiago y la Virgen

La interpretación que se hace en las fuentes históricas indias de la *conquista espiritual* depende en gran medida de la nacionalidad del cronista. Por eso, en principio, conviene separar la versión azteca de la maya, y ésta de la incaica. No obstante, debe señalarse que todos los autores coinciden en atribuir las derrotas militares de los ejércitos indígenas a causas sobrenaturales. En México, en Perú y en Guatemala, una misteriosa joven de gran belleza y un extraño jinete que montaba un caballo blanco impidieron una y otra vez que los indígenas obtuvieran la victoria. Al respecto, es interesante anotar que los escritores concuerdan en afirmar que la Virgen sólo actuó en las batallas callejeras, mientras que Santiago se apareció en espacios abiertos. Dos ejemplos, peruano el primero y azteca el segundo, servirán para ilustrar lo dicho:

Estando cercados todos los cristianos en la plaza del Cuzco (Perú), *estando haciendo oración, hincados de rodillas, dando voces y llamando a Dios y a la Virgen María y a todos sus santos y santas ángeles y diciendo: «Válgame la Virgen María, Madre de Dios», hubo otro milagro muy grande,* (un) *milagro de la Madre de Dios en este reino, que lo hubieron a vista de ojos los indios deste reino y lo declaran y dan fe de ello,* (y) *como en aquel tiempo no había ninguna señora* (española) *en todo el reino ni jamás la habían visto ni conocido, la primera señora* (blanca) *que conocieron fue a la Virgen María. Santa María de Peña de Francia, una señora muy hermosa, toda vestida de una vestidura muy blanca, más blanca que la nieve, y la cara muy resplandeciente, más que el sol* (se apareció a los indios). *De verla se espantaron los indios y dicen que les echaba tierra en los ojos a los indios infieles.* (Felipe Huaman Poma, *Nueva crónica y buen gobierno.)*

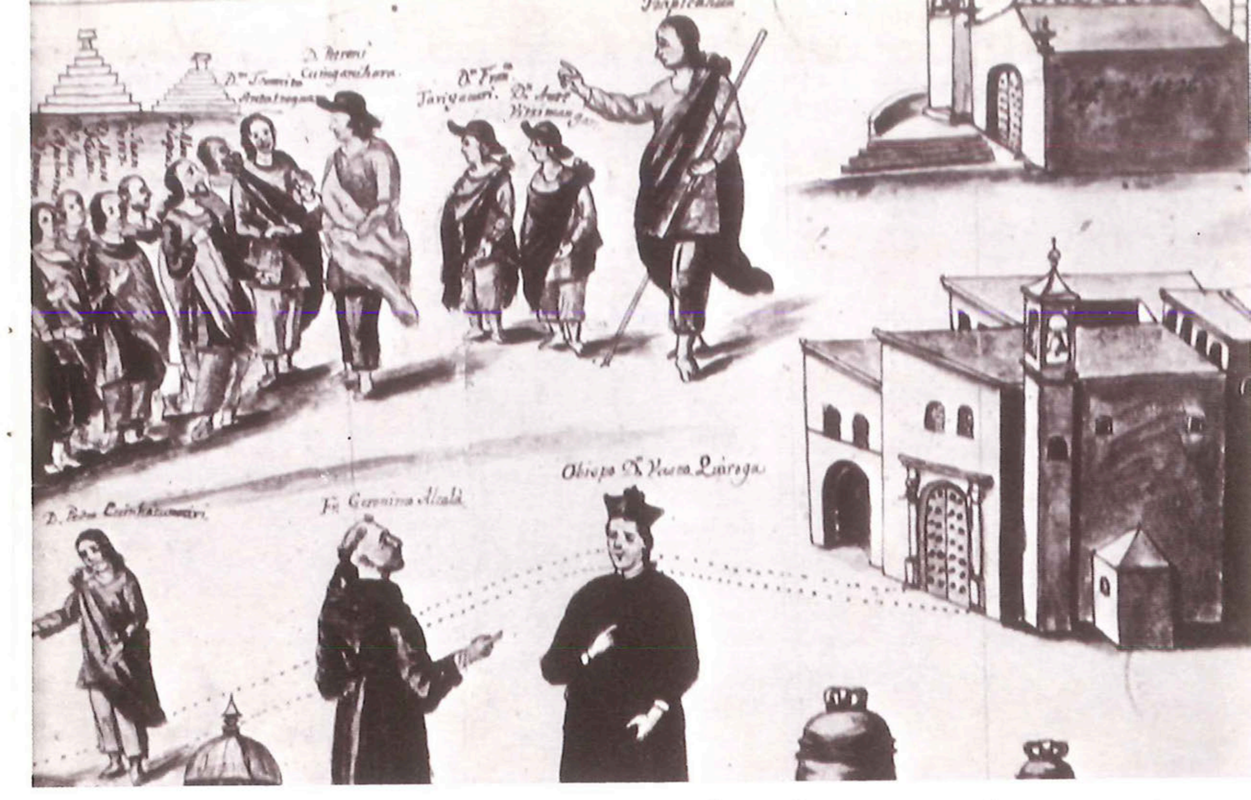
En este lugar (en Otumba, México) *vieron los naturales visiblemente pelear uno de un caballo blanco, no le habiendo en la compañía, el cual les hacía tanta ofensa, que no podían en ninguna manera defenderse de él ni aguantarle.* (Diego Muñoz Camargo, *Historia de Tlaxcala.)*

Sin duda, la atribución de las victorias hispanas a Santiago y a la Virgen fue el resultado mestizo de la combinación de la concepción providencialista de los vencedores, que pretendían actuar en nombre de la religión, y del amor propio de los vencidos, que salvaron su honor militar recurriendo a una coartada ideológica.

En la historiografía azteca, la interpretación mesiánica de la historia tiene además otro sentido, pues sirvió para poner de manifiesto la cristiandad de los indios. La obsesión de los autores mexicanos por demostrar el fervor

Vocabulario de palabras indígenas

Condessuyo (voz inca): región occidental del imperio inca.
Coricancha (voz inca): templo mayor incaico.
Coya (voz inca): reina, emperatriz.
Curaca (voz inca): jefe de un grupo étnico.
Chinacona (voz inca): criada.
Dzules (voz maya): extranjeros. Nombre que los mayas dieron a los españoles.
Guaca (voz inca): todo lo que se consideraba sagrado.
Huiracocha (voz inca): dios inca.
Katún (voz maya): período de tiempo equivalente a 7.200 días.
Matlaxopili (voz azteca): estandarte.
Tenochca (voz azteca): Habitante de Tenochtitlan, la capital del imperio azteca. En 1951 la ciudad estaba dividida en dos barrios: uno se llamaba Tlatelolco y el otro Techochtitlan, como la ciudad.
Tunadiú (voz azteca): Sol. Nombre que daban los aztecas a Pedro de Alvarado por su cabello rubio.
Yanacoma (voz inca): criado.
Yllapa (voz inca): trueno.



Bautismo de indígenas mexicanos en los primeros tiempos de la colonia (grabado de la época)

religioso de sus compatriotas alcanzó tales extremos que en muchas ocasiones modificaron las ideas religiosas precolombinas para hacerlas similares a las cristianas. Por ejemplo, Fernando de Alva Ixtlilxochitl afirma tajantemente que un antepasado suyo:

Tuvo por falsos a los dioses que adoraban los de esta tierra, diciendo que no eran sino estatuas de demonios enemigos del género humano [...] *Nunca jamás (aunque había muchos ídolos que representaban diferentes dioses) cuando se ofrecía tratar de deidad, los nombraba ni en general ni en particular* [...]; *sólo decía que reconocía al sol por padre y a la tierra por madre, y aun muchas veces solía amonestar a sus hijos en secreto para que no adorasen aquellas figuras de los ídolos, y que aquello que hiciesen en público fuese sólo por cumplimiento.* (Fernando de Alva Ixtlilxochitl, *Historia de la nación chichimeca.)*

Sin embargo, los mismos autores ofrecen otros datos que contradicen esta interpretación. Los aztecas, al menos en los primeros años de la colonia, tuvieron una actitud hostil hacia la nueva religión, que se manifestó de forma violenta en ocasiones. Según cuentan las crónicas, los crímenes por motivos religiosos fueron frecuentes y en algunos casos tuvieron una gran repercusión.

En el área maya, los *Libros de Chilam Balam* dieron por hecho que los indios eran buenos cristianos. Lo que sí cuestionaron, y mucho, fue la contradicción entre lo que predicaban los cristianos y lo que hacían. Esta acusación, formulada una y otra vez en los manuscritos mayances, adquiere una extraordinaria dimensión poética en el *Chilam Balam de Chumayel:*

Buena y sabia es la palabra de Dios, que viene a vosotros. Viene el día de vuestra vida. No lo perdáis aquí en el mundo, padre.

«Tú eres el único Dios que nos creaste»: así será la bondadosa palabra de Dios, padre, del Maestro de nuestras almas. El que la recibiere con toda su fe, al cielo tras él irá [...]

Buena es la palabra de arriba, padre. Entra en su reino, entra en nuestras almas el verdadero Dios; pero abren allí sus lazos, padre, los grandes cachorros que se beben a los hermanos, esclavos de la tierra. Marchita está la vida y muerto el corazón de sus flores, y los que meten su jícara hasta el fondo, los que lo estiran todo hasta romperlo dañan y chupan las flores de los otros. Falsos son sus reyes, tiranos en sus tronos, avarientos de sus flores. De gente nueva es su lengua, nuevas sus sillas, sus jícaras, sus sombreros. ¡Golpeadores de día, afrentadores de noche, magulladores del mundo! Torcida es su garganta, entrecerrados sus ojos, floja es la boca del rey de

FRAY BERNARDINO Ð SAHAGUN

su tierra, padre, el que ya ahora se hace sentir. No hay verdad en las palabras de los extranjeros.

La oposición entre los ideales cristianos y la conducta de los blancos se expone en las relaciones incas de manera bastante más agresiva. Los cronistas peruanos, poco inclinados a la reflexión filosófica, centraron sus ataques en el clero. Especialmente violento es Huaman Poma, quien acusa a los religiosos de lujuriosos, avaros, pendencieros y crueles:

Los dichos padres y curas son muy bravos; castigan a los dichos fiscales y sacristanes y cantores y muchachos de la doctrina. Castigan muy cruelmente como a negro esclavo [...] *Pone grillos y corma. Con ello se mueren los dichos indios y en este reino no hay quien les favorezca.*

Los dichos padres y curas, haciéndose justicia no lo siendo, tienen prisiones, cárceles, la sacristía, su pila y su recámara. Y tienen cepo, grillos, cadena, esposa, corma con llave. Con esto maltrata a los pobres eneste reino; sólo hace mal y quita sus haciendas y hijas a los pobres indios. (Felipe Huaman Poma, *Nueva crónica y buen gobierno.)*

La reacción de los indios de América del Norte ante el cristianismo es completamente distinta. La naturaleza y el Ser Supremo estaban tan íntimamente relacionados en el pensamiento de las tribus norteamericanas que sólo podían sentirse ultrajados cuando los blancos intentaban convertirles a su fe. Este sentimiento está muy bien expresado en la respuesta que un indio de los bosques dio a un misionero:

Hermano: nuestros asientos fueron antes anchos y los vuestros estrechos. Ahora vosotros os habéis convertido en un gran pueblo y nosotros apenas tenemos sitio para extender nuestras mantas. Os habéis apoderado de nuestras tierras pero no estáis satisfechos; queréis imponernos vuestra religión.

Reflexión final

La *visión de los vencidos* es un tema complicado y difícil de tratar porque tiene tanto dramatismo, tanta carga humana, que no resulta fácil ser imparcial. Por supuesto, siempre se puede prescindir de la objetividad y ofrecer una interpretación de la misma en la línea del padre fray Bartolomé de las Casas. Sin embargo, esta postura no sería ética, sobre todo porque comúnmente se utiliza la *versión indígena de la conquista* como arma política o ideológica. Por eso, debe quedar muy claro que los hechos descritos en ella deben juzgarse con la mentalidad de la época. De lo contrario, se corre el peligro de caer en la más burda de las demagogias.

Fray Bernardino de Sahagún representa el prototipo del misionero respetuoso con las costumbres aztecas (dibujo de Gallego)

Bibliografía

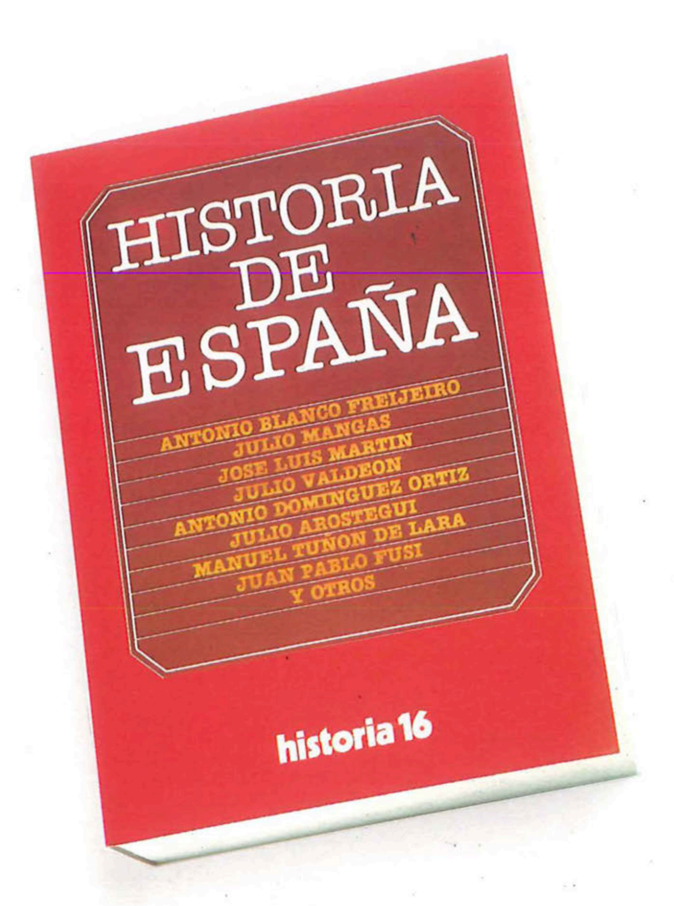
Baudot, Georges y Tzvetan Todorov, *Récits aztèques de la Conquête,* Editions du Seuil, París, 1983. Bravo Guerreira, Concepción, *Atahualpa,* Historia 16, Quorum, V Centenario, col. «Protagonistas de América», Madrid, 1986. Duviols, Pierre, *La destrucción de las religiones andinas,* Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1977. Guillén Guillén, Edmundo, *Versión inca de la Conquista (la resistencia incaica a la invasión española),* editorial Milla Batres, Lima, 1974. Jacobs, Wilbur R., *El expolio del indio norteamericano,* Alianza Editorial, Madrid, 1972. León-Portilla, Miguel, *El reverso de la Conquista. Relaciones aztecas, mayas e incas,* Joaquín Mortiz, México, 1964; «La conquista espiritual: puntos de vista de los frailes y los indios», en *Culturas en peligro,* pp. 63-91, Alianza Editorial Mexicana, México, 1976; *Visión de los vencidos,* Historia 16, col. «Crónicas de América», n.° 6, Madrid, 1985; «Visión de los vencidos», en *La conquista de México* (J. M.ª Solé, M. León-Portilla y P. Carrasco), pp. 8-18, Cuadernos Historia 16, n.° 32, Historia 16, Madrid, 1985. Oliva de Coll, Josefina, *La resistencia indígena ante la conquista,* Siglo XXI, México, 1980. Ricard, Robert, *La conquista espiritual de México,* Editorial Jus, México, 1947. Vázquez Chamorro, Germán, «La conquista y la evangelización según los vencidos», en *Revista de Historia Militar,* número especial dedicado al V Centenario de Hernán Cortés, pp. 45-70, Servicio Histórico Militar, Madrid, 1986; *Moctezuma,* Historia 16, Quorum, V Centenario, col. «Protagonistas de América», Madrid, 1987. Watchel, Nathan, *Los vencidos. Los indios del Perú frente a la conquista española,* Alianza Editorial, Madrid, 1976.

CUADERNOS
historia 16

historia 16

INFORMACION Y REVISTAS, S. A.
PRESIDENTE: Juan Tomás de Salas.
VICEPRESIDENTE: César Pontvianne.
DIRECTOR GENERAL: Alfonso de Salas.
DIRECTOR DE PUBLICACIONES: Pedro J. Ramírez.
DIRECTOR: J. David Solar Cubillas.
SUBDIRECTOR: Javier Villalba.
REDACCION: Isabel Valcárcel y José M.ª Solé Mariño.
SECRETARIA DE REDACCION: Marie Loup Sougez.
CONFECCION: Guillermo Llorente.
FOTOGRAFIA: Juan Manuel Salabert.
CARTOGRAFIA: Julio Gil Pecharromán.
Es una publicación del Grupo 16.
REDACCION Y ADMINISTRACION: Madrid. Hermanos García Noblejas, 41, 6.º 28037 Madrid. Teléfono 407 27 00.
Barcelona: Paseo de San Gervasio, 8, entresuelo. 08021 Barcelona. Teléfono 418 47 79.

DIRECTOR GERENTE: José Luis Virumbrales Alonso.
SUSCRIPCIONES: Hermanos García Noblejas, 41. 28037 Madrid. Teléfonos 268 04 03 - 02.
DIRECTOR DE PUBLICIDAD: Balbino Fraga.
PUBLICIDAD MADRID: Dolores García. Hermanos García Noblejas, 41. 28037 Madrid. Teléfono 407 27 00.
Cataluña: Paseo de San Gervasio, 8, entresuelo. 08021 Barcelona. Teléfono 418 47 79.
Zona Norte: Alejandro Vicente. Avenida del Ejército, 11, departamento 54 B. 48014 Bilbao. Teléfono (94) 435 77 86.
IMPRIME: TEMI.
DISTRIBUYE: SGEL. Polígono Industrial. Avenida Valdeparra, s/n. 28000 Alcobendas (Madrid).
ISBN 84-85229-76-2, obra completa.
ISBN 84-85229-77-0, cuadernos.
ISBN 84-7679-096-1. Tomo 16.
Depósito legal: M. 41.536. — 1985.



Este libro es toda una Historia.

La HISTORIA DE ESPAÑA de HISTORIA 16. Ahora en un solo volumen de 1.300 páginas. Con mapas, cien ilustraciones y cincuenta páginas de cronología. Escrita por los mejores especialistas, como todo lo de HISTORIA 16.
A la venta en librerías. *Por sólo* 3.000 *Ptas.*

Prieto, Bassat, Ogilvy & Mather





Prisión de Atahualpa (grabado de Nueva crónica y buen gobierno, *de Huamán Poma de Ayala)*

La visión de los vencidos

Textos

CUADERNOS historia 16

Moctezuma, la grulla mágica y los españoles

EL séptimo prodigio fue que los laguneros de la laguna mexicana, nautas y piratas o canoístas cazadores, cazaron una ave parda a manera de grulla, la cual llevaron a Moctezuma para que la viese [...] La cual ave era tan extraña y de tan gran admiración que no se puede imaginar ni encarecer su gran extrañeza, la cual tenía en la cabeza una diadema redonda de la forma de un espejo muy diáfano, claro y transparente por la que se veía el cielo [...] Y cuando esto vio Moctezuma lo tuvo (por) gran extrañeza y maravilla, por gran agüero, prodigio, abusión y mala señal en ver por aquella diadema de aquel pájaro estrellas del cielo. Y tornando (por) segunda vez Moctezuma a ver y examinar y admirar por la diadema y cabeza del pájaro vio grande número de gentes, que venían andando desparcidas y en escuadrones de mucha ordenanza, muy aderezados y a guisa de guerra, y batallando unos con otros, escaramuceando (montados) en figuras de venados y otros animales *(DIEGO MUÑOZ CAMARGO, «Historia de Tlaxcala», ed. de G. Vázquez Chamorro, pág. 182. Historia 16. Col. «Crónicas de América», número 26. Madrid, 1986.)*

Actitud psicológica de Moctezuma ante los españoles

PUES cuando oía Motecuhzoma que mucho se indagaba sobre él, que se escudriñaba su persona, que los dioses mucho deseaban verle la cara, como que se le apretaba el corazón, se llenaba de grande angustia. Estaba para huir, tenía deseos de huir; anhelaba esconderse huyendo, estaba para huir. Intentaba esconderse, ansiaba esconderse. Se les quería esconder, se les quería escabullir a los dioses.

Y pensaba y tuvo el pensamiento; proyectaba y tuvo el proyecto; planeaba y tuvo el plan; meditaba y andaba meditando en irse a meter al interior de una cueva. *(«Códice Florentino», c.° IX, versión de A. M.ª Garibay, BERNARDINO DE SAHAGUN en «Historia general de las cosas de la Nueva España», ed. de A. M.ª Garibay, pág. 768. Editorial Porrúa. México, 1975.)*

Los españoles masacran a los aztecas

INMEDIATAMENTE entran (los españoles) al Patio Sagrado para matar a la gente. Van a pie, llevan sus escudos de madera, y algunos los llevan de metal y sus espadas.

Inmediatamente cercan a los que bailan, se lanzan al lugar de los atabales: dieron un tajo al que estaba tañendo; le cortaron ambos brazos. Luego le decapitaron; lejos fue a caer su cabeza cercenada.

Al momento todos acuchillan, alancean a la gente y les dan tajos, con las espadas los hieren. A algunos les acometieron por detrás; inmediatamente cayeron por tierra dispersas sus entrañas. A otros les desgarraron la cabeza; les rebanaron la cabeza, enteramente hecha trizás quedó su cabeza.

Pero a otros les dieron tajos en los hombros; hechos grietas, desgarrados quedaron sus cuerpos. A aquéllos hieren en los muslos, a éstos en las pantorrillas, a los de más allá en pleno abdomen. Todas las entrañas cayeron por tierra. Y había algunos que aun en vano corrían: iban arrastrando los intestinos y parecían enredarse los pies en ellos. Anhelosos de ponerse a salvo, no hallaban a donde dirigirse. *(«Códice Florentino, c° XX, versión de A. M.ª Garibay, BERNARDINO DE SAHAGUN en «Historia general de las cosas de la Nueva España», ed. de A. M.ª Garibay, págs. 779-780. Editorial Porrúa. México, 1975.)*

La batalla de Otumba según Ixtlilxochitl

OTRO día llegaron a aquellos llanos de la provincia de Otumpan con grandísimo trabajo y allí les salieron más de 200.000 hombres que iban en su seguimiento, en donde tuvieron una muy cruel batalla, que no había por donde huir ni retirarse. Cuando se vio Cortés ya en lo último de la desesperación, como quien pretendía morir con algún consuelo, apretó las piernas al caballo, llamando a Dios y a San Pedro, su abogado, y como un león rabioso peleando, rompió por todos los enemigos hasta llegar al estandarte real de México que le tenía Zihuacaltzin, capitán general de aquél ejército, que llaman matlaxopili, que era una red de oro, y dándole de lanzadas quedó muerto a sus pies y le quitó el estandarte, con cuya hazaña todos los suyos desmayaron y comenzaron a huir [...] Fue caso milagroso, porque demás de ir muy mal herido el capitán Cortés en la cabeza [...] todos los más y los amigos estaban afligidos, heridos, muertos de hambre y maltratados en medio de 200.000 hombres que como tigres rabiosos los iban despedazando; mas fue tanto el valor y fe viva de Cortés que así como invocó a Dios, a su madre y al apóstol San Pedro su abogado y sus compañeros a Santiago todo se allanó y rindió (según opinión de los naturales se aparecieron en su favor y defensa). *(FERNANDO DE ALVA IXTILILXOCHITL, «Historia de la nación chichimeca», ed. de G. Vázquez Chamorro, pág. 265. Historia 16, Col. «Crónicas de América», número 11. Madrid, 1985.)*

Los aztecas critican la cobardía de algunos compatriotas

Y todo el tiempo en que estuvimos combatiendo, en ninguna parte se dejó ver el tenochca [...] Ahora bien, los capitanes tenochca se cortaron el cabello, y los de menor grado también se lo cortaron, y los cuahchiques *(sic)* y otomies (soldados profesionales), de grado militar, que suelen traer puesto su casco de plumas, ya no se vieron en esta forma, durante todo el tiempo que estuvimos combatiendo.

Por su parte, los de Tlatelolco rodearon a los principales de aquellos, y sus mujeres todas los llenaron de oprobio y los apenaron diciéndoles:

—¿No más estais allí parados? ¿No os da vergüenza? ¡No habrá mujer que en tiempo alguno se pinte la cara para vosotros! *(«Manuscrito de 1528», fol. 31, versión de A. M.ª Garibay, BERNARDINO DE SAHAGUN en Historia general de las cosas de la Nueva España, ed. de A. M.ª Garibay, págs. 816. Editorial Porrúa. México, 1975.)*

Padres paganos e hijos cristianos

PIDIERON que los bautizasen, y el Cortés y (el) clérigo que allí había les dijeron (que) les instruirían mejor y le darían personas que le instruyesen. El respondió que (fuera) mucho de norabuena, aunque les suplicaba se le diesen luego, porque él, desde luego, condenaba la idolatría, y decía que había entendido muy bien los misterios de la fe [...] Se determinó Cortés a que le bautizasen. Fue su padrino Cortés y le pusieron por nombre Hernando [...].

El Ixttilxuchitl fue a su madre Yacotzin, diciéndole lo que había pasado y que iba por ella para bautizarla. Le respondió que debía de haber perdido el juicio, pues tan presto se había dejado vencer de unos pocos de bárbaros, como eran los cristianos. A lo cual le respondió el don Hernando que si no fuera su madre, la respuesta fuera quitarle la cabeza de los hombros; pero que lo había de hacer, aunque no quisiese, que importaba la vida del alma. A lo cual respondió ella con blandura que la dejase por entonces, que otro

día miraría en ello y vería lo que debía hacer. El se salió del palacio y mandó poner fuego a los cuartos donde ella estaba, aunque otros dicen que (fue) porque la halló en un templo de ídolos. Finalmente, ella salió diciendo que quería ser cristiana. Y llevándola para esto a Cortés con grande acompañamiento, la bautizaron. *(«Noticias relativas a la conquista», en Origen de los mexicanos, Códice Ramírez, ed. de G. Vázquez Chamorro, págs. 214-215. Historia 16, Col. «Crónicas de América», número 32. Madrid, 1987.)*

Persistencia del canibalismo religioso azteca tras la conquista

ACUERDOME [...] que en la Ciudad de México, 14 años después de conquistada toda la tierra y pacificada por Cortés, yendo con otros muchachos, hijos de españoles, por los barrios de los naturales (los indios) nos corrieron unos indios embijados (pintados). De seis o siete que íbamos nos cogieron un compañero y se lo llevaron, que nunca más pudo saberse de él. Y sin éste que nos llevaron a ojos vistas, hurtaban los que podían para comérselos o tornarlos indios.

Dejando esto aparte, que era lo menos, (a) los españoles que caminaban a solas para ir a los pueblos y a otras provincias los mataban y consumían secretamente, sin poderse saber más de ellos. *(DIEGO MUÑOZ CAMARGO, «Historia de Tlaxcala», ed. de G. Vázquez Chamorro, págs. 240-241. Historia 16, Col. «Crónicas de América», número 62. Madrid, 1985.)*

Lamentaciones mayas

EL 11 ahau Katún se asienta en su estera, se asienta en su trono. Allí se levanta su voz, allí se yergue su señorío. El rostro de su dios despide rayos.

Bajan hojas del cielo, bajan del cielo arcos floridos. Celestial es su perfume. Suenan las músicas, suenan las sonajas del 11 ahau. Entra el atardecer y cubre muy alegre con su palio al sol, al sol que hay en Sulim Cham, al sol que hay en Chikinputún. Se comerán árboles, se comerán piedras, se perderá todo sustento dentro del 11 ahau katún.

En el 11 ahau se comienza la cuenta, porque en este katún se estaba cuando llegaron los Dzules, los que venían del oriente. Entonces empezó el cristianismo también. Por el oriente acaba su curso. Ichcaansihó es el asiento de Katún [...].

Solamente por el tiempo loco, por los locos sacerdotes fue que entró a nosotros la tristeza, que entró a nosotros el «Cristianismo». Porque los «muy cristianos» llegaron aquí con el verdadero dios; pero ese fue el principio de la miseria nuestra, el principio del tributo, el principio de la «limosna», la causa de que saliera la discordia oculta, el principio de las peleas con armas de fuego, el principio de los atropellos, el principio de los despojos de todo, el principio de la esclavitud por las deudas, el principio de las deudas pegadas a las espaldas, el principio de la continua reyerta, el principio del padecimiento. Fue el principio de los caciques, los maestros de escuela y los fiscales.

¡Que eran niños pequeños los muchachos de los pueblos, y mientras, se les martirizaba! ¡Infelices los pobrecitos! Los pobrecitos no protestaban contra el que a su sabor los esclavizaba, el Anticristo sobre la tierra, puma de los pueblos, gato montés de los pueblos, chupador del pobre indio. Pero llegará el día en que lleguen hasta Dios las lágrimas de sus ojos y baje la justicia de Dios de un golpe sobre el mundo. *(«Chilam Balam de Chumayel», ed. de M. Rivera Dorado, págs. 67-68. Historia 16, Col. «Crónicas de América», número 20. Madrid, 1986.)*

Duelo entre Pedro de Alvarado y el príncipe quiché Tecum Uman

Y luego fue uno del pueblo, indio capitán hecho águila, con 3.000 indios a pelear con los españoles. A medianoche fueron los indios y el capitán hecho águila de los indios llegó a querer matar al Adelantado Tunadiú, y no pudo matarlo porque lo defendía una niña muy blanca; ellos harto querían entrar, y así que veían a esta niña luego caían en tierra y no se podían levantar del suelo, y luego venían muchos pájaros sin pies, y estos pájaros tenían rodeada a esta niña. Y querían los indios matar a la niña y estos pájaros sin pies la defendían y les quitaban la vista.

Estos indios que nunca pudieron matar al Tunadiú ni a la niña se volvieron. Y tornaron a enviar a otro indio capitán hecho rayo [...] Fue a donde estaban los españoles hecho rayo a querer matar al Adelantado. Y así que llegó, vio estar una paloma muy blanca encima de todos los españoles, que los estaba defendiendo, y que tornó a asegundar otra vez y se le apagó la vista y cayó en tierra y no podía levantarse. Otras tres veces embistió este capitán a los españoles hecho rayo, y (otras) tantas veces se cegaba de los ojos y caía en tierra. Como vio este capitán que no podía entrarles a los españoles, se volvió [...].

Y luego al otro día envió un gran capitán llamado Tecum [...] Empezaron a pelear los españoles con los 10.000 indios que traía este capitán Tecum consigo. Y no hacían sino desviarse los unos de los otros, media legua se apartaban, luego se venían a encontrar. Pelearon tres horas y mataron los españoles a muchos indios [...].

Y luego el capitán Tecum alzó el vuelo, que venía hecho águila, lleno de plumas que nacían de sí mismo, no eran postizas. Traía alas que también nacían de su cuerpo y traía tres coronas puestas, una era de oro, otra de perlas y otra de diamantes y esmeraldas. El cual capitán Tecum venía de intento a matar al Tunadiú, que venía a caballo, y le dio al caballo por darle al Adelantado y le quitó la cabeza con una lanza. No era la lanza de hierro sino de espejuelos, y por encanto hizo esto este capitán.

Y como vio que no había muerto al Adelantado sino el caballo, tornó a alzar el vuelo para arriba, para desde allí venir a matar al Adelantado. Entonces el Adelantado lo aguardó con su lanza y lo atravesó por medio a este capitán Tecum.

Luego acudieron dos perros, que no tenían pelo ninguno, eran pelones. Cogieron estos perros a dicho indio para hacerlo pedazos. Y como vio el Adelantado que era muy galán este indio y que traía estas tres coronas de oro, plata, diamantes y esmeraldas y de perlas, llegó a defenderlo de los perros, y lo estuvo mirando muy despacio. *(«Títulos de la Casa Ixquin Nehaib, señora del territorio de Otzoyá», en «Crónicas indígenas de Guatemala», ed. de A. Recinos, págs. 87-91. Editorial Universitaria. Guatemala, 1957.)*

Los cakchiqueles reciben en paz a los españoles

EL día 1 Hunahpú (12 de abril de 1524) llegaron los castellanos a la ciudad de Yximchée; su jefe se llamaba Tunatiuh. Los reyes Belehé Qat y Cahi Ymox salieron al punto a encontrar a Tunatiuh. El corazón de Tunatiuh estaba bien dispuesto para con los reyes cuando llegó a la ciudad. No había habido lucha y Tunatiuh estaba contento cuando llegó a Yximchée. De esta manera llegaron antaño los castellanos, ¡oh hijos míos! En verdad infundían miedo cuando llegaron. Sus caras eran extrañas. Los señores los tomaron por dioses. *(«Memorial de Solola, Anales de los cakchiqueles», ed. y tr. de A. Recinos, pág. 126. Fondo de Cultura Económica. México, 1980.)*

Los españoles vistos por los incas

DECIAN que habían visto llegar a su tierra ciertas personas muy diferentes de nuestro hábito y traje que parecían viracochas, que es el nombre con el cual nosotros nombramos antiguamente al Creador de todas las cosas, diciendo Tecsi Huiracocham, que quiere decir principio y hacedor de todos; y nombraron de esta manera a aquellas personas que habían visto, lo uno porque diferenciaban mucho nuestro traje y semblante, y lo otro porque veían que andaban en unas animalias muy grandes, las cuales tenían los pies de plata; y esto decían por el relumbrar de las herraduras.

Y también los llamaba así, porque les habían visto hablar a solas en unos paños blancos como una persona hablaba con otra, y esto por el leer en libros y cartas; y aun les llamaban huiracochas por la excelencia y parecer de sus personas y mucha diferencia entre unos y otros, porque unos eran de barbas negras y otros bermejas, y porque les veían comer en plata; y también porque tenían yllapas, nombre que nosotros tenemos para los truenos, y esto decían por los arcabuces, porque pensaban que eran truenos del cielo *(TITU CUSI YUPANQUI; DIEGO DE CASTRO, «Relación de la conquista del Perú y hechos del Inca Manco II», ed. de H. Urteaga y C. A. Romero, págs. 8-9. Colección de libros y documentos referentes a la historia del Perú. Lima, 1916.)*

Los españoles y el oro del Perú

CADA día no se hacía nada, sino que todo era pensar en oro y plata y riquezas de las Indias del Perú. Estaban como un hombre desesperado, tonto, loco, perdido el juicio, con la codicia de oro y plata. A veces no comían con el pensamiento de oro y plata. A veces tenían gran fiesta, pareciendo que todo el oro y la plata tenían dentro de las manos. Como un gato casero cuando tiene el ratón dentro de las uñas, entonces se huelga y si no siempre acecha y trabaja y todo su cuidado y pensamiento se le va allí; hasta cogerlo no para, y siempre vuelve allí. Así fueron los primeros hombres (blancos); no temieron la muerte con el interés del oro y la plata. Peor son los de esta vida (época). Los españoles corregidores, padres, encomenderos. Con la codicia del oro y la plata, se van al infierno *(POMA DE AYALA, FELIPE GUAMAN, «Nueva crónica y buen gobierno», ed. de J. Murra, R. Adorno y J. Uriostel, t.° b, pág. 380. Historia 16. Col. «Crónicas de América», número 29. Madrid, 1987.»*

El encuentro de Cajamarca y la prisión de Atahualpa

COMENZO don Francisco Pizarro y don Diego de Almagro a decirle con la lengua Felipe indio guancabilca. Le dijo que era mensaje y embajador de un gran señor y que fuese su amigo, que sólo a eso venía. Respondió muy atentamente lo que decía don Francisco Pizarro y lo dice la lengua Felipe, indio. Responde el inca con una majestad y dijo que será la verdad que (de) tan lejos venían por mensaje, que lo creía, que será gran señor, pero no tenía que hacer amistad, que también que era él gran señor en su reino.

Después de esta respuesta, entra con la suya fray Vicente, llevando en la mano derecha una cruz y en la izquierda el breviario. Y le dice al dicho Atahualpa Inca que también es embajador y mensaje de otro señor, muy grande, amigo de Dios y que fuese su amigo, y que adorase la cruz y creyese el Evangelio de Dios y que no adorase en nada, que todo lo demás era cosa de burla. Responde Atahualpa Inca y dice que no tiene que adorar a nadie sino al Sol que nunca muere ni sus guacas y dioses (que) también tienen en su ley: aquello guardaba.

Y preguntó el dicho inca a fray Vicente quién se lo había dicho. Responde fray Vicente que le había dicho (el) evangelio, el libro. Y dijo Atahualpa: «dámelo a mí, el libro, para que me lo diga.» Y así se lo dio y lo tomó en las manos; comenzó a ojear las hojas del dicho libro. Y dice el dicho inca que: «¡Cómo no me lo dice, ni me habla a mí el dicho libro!», hablando con grande majestad, sentado en su trono. Y lo echó el dicho libro de las manos, el dicho inca Atahualpa.

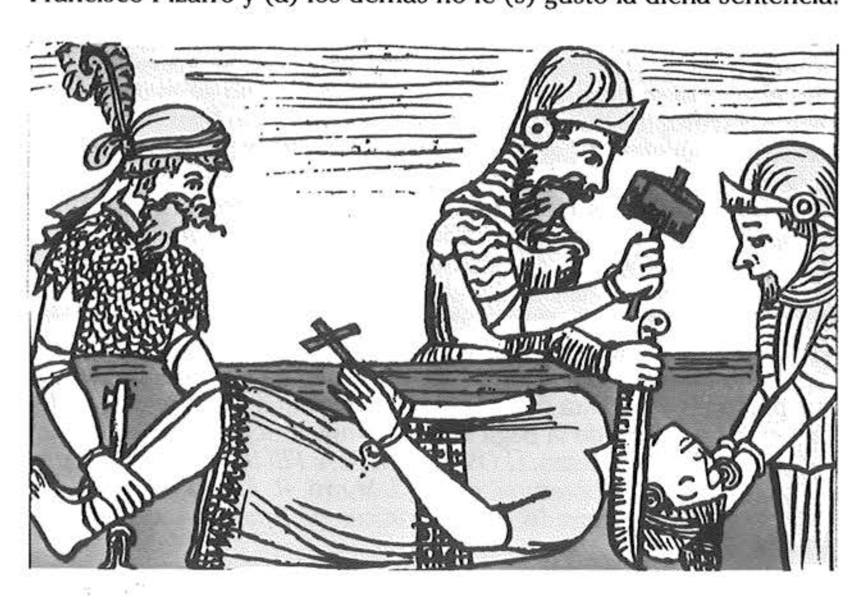
Como fray Vicente dio voces y dijo: «¡Aquí, caballeros, con estos indios gentiles son contra nuestra fe!» Y don Francisco Pizarro y don Diego de Almagro, de la suya, dieron voces y dijo: «¡Salgan, caballeros, contra estos infieles que son contra nuestra cristiandad y de nuestro emperador y rey, demos en ellos!»

Y así luego comenzaron los caballeros (a pelear) y dispararon sus arcabuces y dieron la escaramuza y los dichos soldados (comenzaron) a matar indios como hormigas. Y de espanto de arcabuces y ruido de cascabeles y de las armas, y de ver (al) primer hombre (blanco) jamás visto, de estar llena de indios la plaza de Cajamarca, se derribó las paredes del cerco de la plaza de Cajamarca y se mataron entre ellos. De apretarse y pisarse y tropezarse (con) los caballos, murieron mucha gente de indios, que no se puede contar. De la banda de los españoles murieron cinco personas, de su voluntad, porque ningún indio se atrevió, de espanto asombrado. *(POMA DE AYALA, FELIPE GUAMAN, «Nueva crónica y buen gobierno», ed. de J. Murra, R. Adorno y J. Uriostel, t.º b, págs. 392-393. Historia 16. Col. «Crónicas de América», número 29. Madrid, 1987.)*

La muerte de Atahualpa según Huaman Poma

DE cómo había pronunciado un auto y sentencia don Francisco Pizarro de cortarle la cabeza a Atahualpa Inca. No quiso firmar don Diego de Almagro ni los demás la dicha sentencia porque daba (había dado) toda la riqueza de oro y plata, y lo sentenció. Todos dijeron que lo despachase al Emperador preso, que allá restituyese toda la riqueza de este reino.

Atahualpa Inca fue degollado y sentenciado y le mandó cortar la cabeza don Francisco Pizarro. Y le notifica con una lengua indio Felipe, natural de Guancabilca. Este dicho lengua le informó mal a don Francisco Pizarro y (a) los demás no le (s) gustó la dicha sentencia.



Ejecución del inca Atahualpa a mano de los españoles (detalle de un grabado de Huamán Poma de Ayala)

Y (la lengua) no le dio a entender la justicia y merced que pedía Atahualpa Inca, por estar enamorado de la coya, mujer legítima. Y así fue causa que le matasen y le cortasen la cabeza a Atahualpa Inca. Y murió mártir, cristianísimamente; en la ciudad de Cajamarca acabó su vida. *(POMA DE AYALA, FELIPE GUAMAN, «Nueva crónica y buen gobierno», ed. de J. Murra, R. Adorno y J. Uriostel t.º b, pág. 398. Historia 16, col. «Crónicas de América», número 29. Madrid, 1987.)*

Fray Vicente de Valverde predica en el Coricancha

AL fin, el dicho fray Vicente va derecho a Coricancha, casa hecha de los incas antiquísimos para el Hacedor. Al fin, la ley de Dios y su Santo Evangelio tan deseado, entró a tomar la posesión a la nueva viña, que estaba tanto tiempo usurpada de los enemigos antiguos.

Y allí predica en todo el tiempo como otro Santo Tomás, el apóstol, patrón de este reino, sin descansar, con el celo de ganar almas, haciéndolos convertir, bautizándole a los curacas con hisopos nomás. Porque no pudieron echar agua a cada uno, que si hubiera sabido la lengua, hubiera sido mucha su diligencia, mas por intérprete hablaba. No estaba desocupado como los sacerdotes de ahora; ni los españoles por aquel año se aplicaba a la sujeción de interés como ahora. Lo que es llamar a Dios, hacia mucha devoción en los españoles y los naturales eran exhortados de buenos ejemplos. *(JUAN DE SANTA CRUZ PACHACUTI, «Relación de antigüedades deste reyno del Pirú», en «Crónicas peruanas de interés indígena», Biblioteca de Autores. Madrid, 1968.)*

La conducta de los sacerdotes españoles

LOS sacerdotes y padres y curas que están en lugar de Dios y de sus santos, el clérigo de San Pedro, el fraile mercedario de Nuestra Señora de las Mercedes y del señor San Francisco y de Santo Domingo y de San Agustín y los ermitaños de San Pablo, primer ermitaño y de San Antonio, no hacen lo que estos bienaventurados hicieron. Antes se van a la codicia de la plata y ropa y cosas del mundo y pecados de la carne y de apetitos y daños [...] Con esto se daña a los españoles y más a los cristianos nuevos que son los indios y negros. Teniendo una docena de hijos, ¿cómo pueden dar ejemplo a los indios de este reino?

Cómo los padres y curas de las doctrinas son muy coléricos y señores absolutos y soberbiosos y tienen muy mucha gravedad, que con el miedo se huyen los dichos indios. Y que no se acuerdan los dichos sacerdotes que Nuestro Señor Jesucristo se hizo pobre y humilde para ajuntar y traer a los pobres pecadores y llevarlos a su Santa Iglesia y de allí llevarlo a su reino del cielo.

Cómo los dichos padres y curas de las doctrinas tienen en su compañía a los dichos sus hermanos y a sus hijos o parientes o algún español o mestizo o mulato o tiene esclavos o esclavas o muchos indios yanaconas o chinaconas, cocineras, a los que hacen daño. Y con todo esto dicho recrecen muchos daños y robamientos de los pobres indios de estos reinos.

Cómo los dichos padres de las doctrinas tratan y contratan con sus personas y por otra persona, haciendo muchos agravios y no les pagan. Y con color de la paga le ocupa muy muchos indios y no hay remedio en todo el reino. *(POMA DE AYALA, FELIPE GUAMAN, «Nueva crónica y buen gobierno», ed. de J. Murra, R. Adorno y J. Uriostel, t.º b, pág. 594. Historia 16. Col. «Crónicas de América», número 29. Madrid, 1987.)*